



G-F 22319

VALLADOLID

Un viejo rincón de historia

Por F. Arrimadas

T. 1079793 C. 74504604

R. 224611

¡SEVILLA, BARCELONA!

*E*MPRESA difícil, y para mí imposible, es la de reflejar en pocas líneas impresiones del espíritu, nacidas al influjo de recuerdos del pasado y visiones del presente. Escribo estos renglones bajo uno de los artesonados del Palacio que sirvió de cuna al gran Rey Felipe II. Quizás esta misma habitación fuera la del nacimiento de tan excelso como discutido Monarca. Ante mi vista se destacan grandes fotografías, destinadas a las Exposiciones, de castillos y monumentos, que recuerdan grandezas pretéritas en las villas y ciudades de Medina del Campo, Villalar de los Comuneros, Tordesillas, Olmedo, Peñafiel, Medina de Ríoseco y otras, de brillante historia.

La imaginación no puede abstraerse a influjo tan sugestivo, y ante mis ojos desfilan, como figuras dantescas, los grandes personajes, en cuya época, nuestra España querida, dictando e imponiendo leyes al mundo, realizaba las empresas más grandes que se registran en la historia de la Humanidad.

Del mundo de los recuerdos me traslado al de las realidades del presente, y aunque el alma siente agobios de pena al ver empequeñecida a nuestra amada nación, experimenta también el consuelo de presenciar su vigoroso resurgimiento alcanzado a impulsos del espíritu de raza, que no perdió, y a una acertadísima dirección de su potencialidad y cualidades, puestas de manifiesto en las magnas Exposiciones de Sevilla y Barcelona.

A ellas concurren, entre otras estimadísimas naciones, todas las hermanas de América, diré mejor, nuestras hijas muy queridas, porque en sus venas circula sangre de nuestra sangre, y sus almas son reflejo de nuestras almas; hijas que quieren testimoniar sus afectos y cariños a la Patria progenitora, quien guardará siempre para ellas los más puros sentimientos de su corazón maternal.

La provincia de Valladolid, y con ella toda la comarca castellanoleonesa, cuna y solar de la nacionalidad española, se complace en expresar, por conducto de su Diputación, los sentimientos de gratitud y cariño que despierta en nuestras almas el honroso concurso de tan potentes naciones a los hermosos certámenes de las artes, de la cultura y del progreso en general, con los que España quiso poner de manifiesto que pueden hermanarse perfectamente los anhelos por una mayor prosperidad en el orden industrial y mercantil, con los más depurados sentimientos artísticos, y el espíritu caballeresco y legendario que culmina en las páginas del Romancero del Cid.

MAURO GARCIA MARTIN

Presidente de la Diputación Provincial de Valladolid

THE LIFE OF A PARCEL

The first part of the story is about the parcel's origin. It was made by a man who lived in a small town in the mountains. He was a very good craftsman and he made many beautiful things. One day he made a parcel that was very special. It was made of wood and it was very strong. He put a lot of things inside it. There was a book, a map, and some tools. He put the parcel in a box and he took it to the post office. He gave it to a man who was going to take it to the city.

The parcel was taken to the city and it was put in a truck. The truck was very big and it was very fast. It went to the city and it was put in a warehouse. The parcel was there for a long time. One day a man came to the warehouse and he found the parcel. He was very happy because he had found it. He took the parcel out of the warehouse and he went to his house. He put the parcel on the table and he opened it. He took out the things that were inside and he was very happy. He had found the parcel that he had made so long ago.

The parcel was very special because it was made by a man who lived in a small town in the mountains. It was made of wood and it was very strong. It was put in a box and it was taken to the city. It was put in a warehouse and it was there for a long time. One day a man came to the warehouse and he found the parcel. He was very happy because he had found it. He took the parcel out of the warehouse and he went to his house. He put the parcel on the table and he opened it. He took out the things that were inside and he was very happy. He had found the parcel that he had made so long ago.



Isabel de Castilla.



Fernando de Aragón.



Valladolid.—Monumento a Colón.

A Castilla y a León
Nuevo Mundo dió Colón.

Por Castilla y Aragón
Nuevo Mundo halló Colón.



S. M. EL REY DE ESPAÑA, DON ALFONSO XIII



Excmo. Sr. D. Miguel Primo de Rivera
Marqués de Estella.



Excmo. Sr. D. Eduardo Callejo,
Ministro de Instrucción Pública.

Mucho me complacen que se den a
conocer los muchos talentos artísticos
y científicos de la provincia de
Valladolid, para así tener noticia de
por donde se interesen por estos los
pueblos y naciones, en los nuestros
Año 1724

[Handwritten signature]



VALLADOLID, por su valioso tesoro artístico, está llamada a ser una de las poblaciones de España más concurrida por los turistas. Su Museo es único en el mundo en tallas policromadas, y sus iglesias son modelos de la arquitectura española de nuestros siglos de prosperidad y riquezas.

Si las autoridades hacen la propaganda que deben y se proporcionan al turismo las comodidades que exige, la batalla estará ganada y Valladolid adquirirá su antigua importancia.

FEDERICO BERÉNGUER

Capitán General de la 7.^a Región.

*A la Coma Republicana con los
Valladolid es como la montaña de los cerros
de la vida en su trabajo en la Exposición de Sevilla
+ Amigos, Valladolid 1907
6 Julio 1907.*

¡EL VUELO DE MI PATRIA!

EN rauda vuelo sobrepasa el Aguila las nubes. Atrevida y veloz, segura de sí misma, el rítmico batir de sus alas la distancia cada vez más del suelo. A cada instante inclina hacia la tierra su mirada. Todo se empe-

queñece. Ríos caudalosos son como hebra plateada que serpentea circunscribiendo irregulares áreas, tapizadas de abigarrados tonos. Epicos pueblos, ciudades en disminución progresiva apenas se dibujan ya. Y el Aguila sube y sube; quedan debajo del ave audaz jirones de nubes que a su paso rasgan los bordes de sus cortantes alas. Y arriba el infinito.

En su plumaje, el sol quiebra sus rayos, prestando a la intrépida viajera sus reflejos áureos. Su corazón late a impulsos de su fe, de su optimismo y de su confianza.

Respetad su gesto, detenéos a contemplar su marcha; su vuelo incomparable es el vuelo venturoso de mi Patria.

Antes dormida, la supo despertar el patriotismo, y extendiendo sus alas se ha podido elevar para decir al mundo: soy la España gloriosa de historia sin igual, la que dió al mundo otro mundo sin par, pujante, vigoroso, lleno de juventud y de esperanza, que quiere rendir hoy, cual hijo amante, un homenaje santo y fervoroso a quien la iluminó la Historia.

Esta es mi Patria, la Patria de nosotros, los que tenemos fe y ofrendamos, fervientes, todos los sacrificios que ella pida.

En tus Exposiciones verán los pueblos quién es España cuando remonta el vuelo y de cuánto es capaz esta Castilla, solar antiguo de la raza hispana.

Para subir, crecer; para asombrar al mundo son suficientes sus pujantes bríos; Castilla, al resurgir, responde a su grandeza.

Valladolid conserva en su glorioso relicario, como espirituales preseas, el postrer suspiro de una reina ejemplar y de un navegante que asombraron al mundo: Isabel de Castilla-Cristóbal Colón. Es Castilla, es Valladolid quien debe ofrecer en la Exposición Iberoamericana, de Sevilla, a los pueblos americanos el recuerdo de dos almas que en el viejo solar se elevaron en vuelo. —BLAS SIERRA.





D. MAURO GARCIA MARTIN
Presidente de la Excm. Diputación.

LA CIUDAD DE VALLADOLID

LO QUE FUÉ.— LO QUE ES



Si nuestra querida ciudad fué en el pasado emporio de la patria grandeza; si encarnó el espíritu de la raza que con Colón descubrió un mundo y con Felipe II le dominó; si fué por dos veces cuna de las Españas; si meció la cuna de grandes reyes, y si bajo el reinado del tercero de los Felipes llegó al máximo esplendor artístico y literario, reuniendo en su interior a los magos del pincel y del buril que se llamaron Rubens, Gregorio Fernández, Pantoja, Leóni, Arfe, y a los del habla castellana, cual Cervantes, Góngora, Quevedo, Argensola, Espinel y Vélez de Guevara...., no es menos cierto que en los tiempos modernos ha sabido sostener su rango y prestigio, no solamente en la literatura y en las artes, sino que, atemperándose a las ideas prácticas que las modernas necesidades exigen, ha urbanizado su recinto con amplias y vistosas calles, plazas, jardines y parques, hermosos teatros y espléndidos edificios oficiales, fáciles comunicaciones, y lo que es más, con la atrayente simpatía de sus hidalgos hijos, para los que nadie es extraño, y que acogen con cariñosa atención a todos los que con su visita les honran. Por todo ello, por lo pretérito y por lo presente, por lo viejo y por lo nuevo es Valladolid la ciudad de Castilla que ofrece al turista la seguridad de unas agradables horas de espiritual esparcimiento al visitar sus monumentos y museos, rodeándole durante ellas de la comodidad y alegría de las modernas urbes y de la afabilidad de la hidalguía castellana

to con amplias y vistosas calles, plazas, jardines y parques, hermosos teatros y espléndidos edificios oficiales, fáciles comunicaciones, y lo que es más, con la atrayente simpatía de sus hidalgos hijos, para los que nadie es extraño, y que acogen con cariñosa atención a todos los que con su visita les honran. Por todo ello, por lo pretérito y por lo presente, por lo viejo y por lo nuevo es Valladolid la ciudad de Castilla que ofrece al turista la seguridad de unas agradables horas de espiritual esparcimiento al visitar sus monumentos y museos, rodeándole durante ellas de la comodidad y alegría de las modernas urbes y de la afabilidad de la hidalguía castellana

ARTURO ILLERA



LA ENSEÑA DE MI VALLADOLID

TRABAJAR para ennoblecerse en el trabajo, mostrarse orgulloso de la grandeza de su pasado, hacerse digno de ella en el presente y afanarse por acrecentarla en el futuro, he aquí la enseña de mi Valladolid, que rinde, en homenaje de admiración y simpatía, ante Sevilla y Barcelona, glorias de España.

EL MARQUES DE GUERRA
Gobernador Civil.

LAS Exposiciones de Sevilla y Barcelona son la demostración más clara de la potencia y vitalidad de España, y en ellas podrán apreciar, cuantos las visiten, que nuestra nación debe ocupar por derecho propio un puesto preeminente en el mundo culto. Ello servirá también para confundir las calumnias y difamaciones que injustamente circulan en algunos periódicos extranjeros, destruirá la leyenda que con siniestros y desconocidos propósitos intenta desprestigiarnos, y los americanos, ante el esplendor que ofrecerán esos certámenes de la producción, del arte y de la cultura, fervorizarán sus amores por España y se sentirán orgullosos de su progenie.—CALIXTO VALVERDE



A PROPOSITO DE LAS EXPOSICIONES
DE SEVILLA Y BARCELONA

EL turismo, si bien lo entendemos y cultivamos, será en nuestra Patria la fuerza de atracción más pura, noble y espiritual de cuantas puedan imaginarse, como nutrida de la Historia y Arte de España.

Cada ciudad ha de mostrar su nota culminante. Y Valladolid, en tal cortejo, se presentará, diligente, con su Ejecutoria: la de ser ella quien, en su recinto, unió Castilla y Aragón, naciendo de esta unión, porque Dios lo quiso, el pueblo de gesta que descubrió América.

El Cronista de Valladolid,
FRANCISCO MENDIZABAL
Representante del Patronato Nacional
del Turismo.

VALLADOLID Y SU PROVINCIA

GLOSA HISTÓRICO-ARTÍSTICA



“Villa por villa, Valladolid en Castilla”

LA ciudad de Valladolid, florón de Castilla, tiene, con su provincia, una insigne historia, y en su suelo —testigos eternos de su pretérita grandeza— yérguense, solemnes, próceres moradas, mansiones de la virtud y de la ciencia, casas de Religión y numerosos castillos, cuya profusión en la llanura, de la que es corazón Valladolid y sus ciudades hermanas, marcó el rumbo y dió nombre a la región madre de España.

Esta es Valladolid, la villa de los Ansúrez, que a lo largo de la Edad Media, desde tan claro varón hasta el nacimiento de Felipe IV, en la Moderna, descolló en nuestra Historia, y escribió de ella sus más bravas y gloriosas páginas.

Incorporóse Valladolid a la Historia documental con aquel Conde Ansúrez, que en el reinado feliz de Alfonso VI se destacó por su habilidad de diplomático y su intrepidez de guerrero.



Valladolid.—Torre de la Antigua.

La gratitud del Rey a su magnate vasallo abre para Valladolid su historia documentada, con el gobierno que aquél da a éste, de la villa modesta que «en el término de Cabezón» vivía humildemente, la misma villa que, al amparo del Conde, establecía de seguida la Municipalidad, y en el tiempo de sólo unos años se ponía a la cabeza de sus colindantes, y edificaba un palacio y una iglesia dignos del gran Señor que la gobernaba y regía...

Ya de entonces (siglo XII) muestra hoy Valladolid la antigua morada, convertida en hospital, y la torre de la iglesia, por nombre la Antigua, reina, a quien las demás rinden vasallaje, de las torres románicas de Castilla.

A la Municipalidad siguió presto el derecho a intervenir en Cortes, y, con documentos en la mano, sabemos que Valladolid alzó su voz y emitió su voto en las Cor-

tes de León de 1188 y en las de Carrión de poco tiempo después.

El decisivo empuje de los Ansúrez llevó a Valladolid vigorosamente, a través de la Edad Media, en auge victorioso con la prestancia y el cariño de una mujer reina, reina esposa, reina madre y reina abuela, pero, sobre todo, mujer, con todas las excelcitudes de la raza...

El nombre de María de Molina perdurará por los siglos en Valladolid. Y su retrato espiritual, en «La prudencia en la mujer», del genial Tirso de Molina. ¡Admirable mujer y reina que halagada por todas las grandezas en el vivir quiso morir en la humildad penitente de un monasterio, y exhaló su último suspiro en el cuartito que se reservó en el de San Francisco, trasladada por su voluntad a aquel otro que en Valladolid se alzó sobre su palacio, garosa de procurarse en la tierra lo único que vale para el cielo: la oración..., la oración.



Valladolid.—Fachada de San Gregorio.



Valladolid.—San Gregorio.—Detalle.



Valladolid.
San Gregorio.—Patio.



Valladolid.—San Gregorio.—Galería.

álzase, suntuoso, el Monasterio de San Pablo, que antes tenía sólo unas casitas cedidas por Doña Violante, y el de San Francisco ampliase magníficamente con el palacio de la propia Reina, respetada, tan sólo, una condición: la de dejar una pequeña habitación para que ella, consagrada a Dios, rinda su vida en un Santo Monasterio...

La Universidad, con el esposo de la Reina, recogía sus primeros laureles, sirviendo ya de modelo para la de Alcalá, y el comercio y la industria mostrábanse pujantes con tantos privilegios de la ilustre mujer. Y, en fin, Valladolid barruntaba ya las grandezas de la Corte, que no pocas veces, ni en corto tiempo, los soberanos de Castilla posaban en ella con marcada delectación y preferencia.

Después de las severidades de Don Pedro —¿el Cruel?, ¿el Justiciero?—, casado en Valladolid con Doña Blanca, la próspera villa escuchó, gozosa, los

bellos decires de la Corte del Rey Juan, segundo de este nombre, corte literaria que antecedió en dos siglos a aquella otra que refulgó en Valladolid, cuando en ésta, ya ciudad, los ingenios españoles derrochaban las sales de su inspiración.

hasta el final de los siglos, de sus hijas del alma, las monjas de las Huelgas Reales, de su pía y espléndida fundación!

En el centro de la iglesia puede verse el sepulcro de la Reina (siglo XIV). En él, vestida con el hábito de sus monjas, aguarda Doña María de Molina, en sus despojos, el día de la Resurrección...

¡Momento emocionante para Valladolid, en medio de tan galante cortesanía, aquel en que en la Plaza Mayor (no en la del Ochavo como tantas veces se ha dicho) el verdugo segó la vida de Don Alvaro de Luna! ¡Tiempos de revueltas, y los de su hijo y sucesor Enrique IV, nacido en Valladolid, en la Casa de las Aldabas, que sólo pudieron calmar y sosegar el advenimiento de aquella Princesa de Castilla y

¡Mutación prodigiosa de Valladolid! Aquel Valladolid del Conde Ansúrez es, al morir Doña María de Molina, la gran villa cuyas murallas tienen más de ocho mil pasos de extensión, y se abren a diez puertas y tiene en su recinto, entre iglesias y monasterios, nada menos que quince y siete al exterior.

Por la munificencia de la...

¡Momento emocionante para Valladolid, en medio de tan galante cortesanía, aquel en que en la Plaza Mayor (no en la del Ochavo como tantas veces se ha dicho) el verdugo segó la vida de Don Alvaro de Luna! ¡Tiempos de revueltas, y los de su hijo y sucesor Enrique IV, nacido en Valladolid, en la Casa de las Aldabas, que sólo pudieron calmar y sosegar el advenimiento de aquella Princesa de Castilla y

¡Momento emocionante para Valladolid, en medio de tan galante cortesanía, aquel en que en la Plaza Mayor (no en la del Ochavo como tantas veces se ha dicho) el verdugo segó la vida de Don Alvaro de Luna! ¡Tiempos de revueltas, y los de su hijo y sucesor Enrique IV, nacido en Valladolid, en la Casa de las Aldabas, que sólo pudieron calmar y sosegar el advenimiento de aquella Princesa de Castilla y

España que cubrieron su corona con la gloria de un Nuevo Mundo!...

Aquí se desposaron y velaron. Aquí dieron fijeza y consistencia a la Real Chancillería que creara Enrique II en las Cortes de Toro, disponiendo en Valladolid, y para siempre, su residencia. Aquí los Reyes Católicos dieron sus más sabias leyes y redactaron sus más famosos privilegios. Aquí, por ellos, se alzaron las maravillas de San Gregorio y de San Pablo que hoy recrean nuestros ojos y encienden nuestro espíritu en la llama del fervor...

¿Quién que pase por Valladolid puede pecar de no ver y admirar la fachada de San Pablo y la joya de esta otra mansión de la ciencia y de la virtud que se llama Colegio de San Gregorio, fundado por Alfonso de Burgos, confesor de la Reina Católica?

El ojival en sus postrimerías y el Renacimiento en sus albores dejaron aquí insignes muestras.

Días de luto vinieron luego a Valladolid. Amargado y triste murió en una pobre vivienda el descubridor de América. Y unos años después, la rebelión de las Comunidades, conmoviendo a Castilla, tomó centro en Valladolid, sede del Regente y lugar de convergencia de realistas y co-

aquel dispararse de cartas, retos, órdenes recíprocas y contradictorias.

Episodio feliz en ese alternar de dichas y amarguras, que es la vida de los hombres y de los pueblos, fué el nacimiento del augusto hijo del César, el Príncipe Felipe, nacido en la misma casa en que hoy la Diputación Provincial vive esplendorosa, con el legítimo orgullo de ocupar la morada donde vino al mundo el que fué luego su dueño y Señor...

Ya con él, Valladolid fué ciudad, y la iglesia, *catedral*. Y al correr del siglo xvi, los privilegios se sucedieron incesantemente, las fundaciones fueron numerosas, y reedificada la Plaza, después del incendio que la destruyó, la ciudad se embelleció, y en el reinado de Felipe III, contra Madrid que se la disputaba, albergó la

Corte, la famosa Corte en la que Cervantes, Lope, Quevedo y Góngora; y Rubens y Pompeyo Leoni y los Maestros de la Escuela de Escultura castellana esplendían como astros de primera magnitud, en el firmamento de las letras y de las artes.

En pie está, y puede visitarse, la Casa de Cervantes, y en el Museo —el primero de escultura policromada del mundo— las joyas de Berruguete, y de Juni, y de





Valladolid. — La Catedral.

que otorgan a Valladolid el interés y privilegio de lo singular, de lo único...

Después de esto, la Corte se trasladó a Madrid, y ya Valladolid desliza su vida por los cauces de la generalidad. Pero se equivoca quien afirme que quedó muerto para siempre. ¿Prueba contundente que se opone a la temeraria afirmación? Valladolid es hoy una de las primeras ciudades de España. Y a la grandeza de sus recuerdos y de sus glorias en lo viejo, une, en lo nuevo, el encanto de una ciudad urbanizada, pulcra, confortable, que atrae al viajero y lo retiene, y captando sus simpatías por ella, vierte en su alma la semilla de un recuerdo feliz e inolvidable.

Tiene la provincia de Valladolid con sus dos zonas jurisdiccionales, la Audiencia y la Plaza, ocho partidos judiciales, algunos de cuyos pueblos, y, en particular,

aquellos que les dan nombre, evocan interesantes episodios y guardan en su seno múltiples testimonios de su pretérito esplendor.

Una breve glosa por cada uno de estos ilustres pueblos hemos de hacer aquí, procurando la suma sencillez y claridad.

De la capital, en sus dos distritos, destácanse, en lo histórico-artístico, Fuensaldaña y Simancas.

Fué aquélla la villa del Señorío de los Viveros, y uno de ellos, Alfonso Pérez de Vivero, contador de Juan II, el que edificó gran parte del Castillo. Don Juan de Vivero, su sucesor, fué el confidente de los Reyes Católicos, y en su casa de Valladolid, a su amparo, la Princesa de Castilla se desposó y veló con el Príncipe de Aragón, naciendo en Valladolid España...

Álzase protegiendo al pueblo la mole de su castillo, pero ¡ay! ya no resuenan en su recinto y su patio de armas los atabales y tambores batiendo marcha para recibir a los Reyes, ni en sus espléndidos salones brilla la Corte en fulgurantes fiestas.

De la pompa feudal resto desnudo
Sin tapices, sin armas, sin alfombra,
Hoy no cobija su recinto mudo
Más que silencio, soledad y sombra... (1)

(1) Zorrilla. *El Castillo de Fuensaldaña*.



Valladolid. — La Universidad.

Vérguese, en contraposición, en plena actividad, que los documentos «hablan» sin cesar al mundo de las ideas y los sentimientos, el castillo de Simancas, depósito sagrado de nuestra Historia. España en el remanso apacible de estas inmensas Salas muestra al viajero universal la grandeza de su pasado y el genio de su raza.

¡Simancas! ¿Quién no sabe que se halla aquí nuestro tesoro documental?

Pero la historia de Simancas, sin la conjetura del «se dice» es muy antigua, y sus armas refiérense al siglo VIII, sirviendo aquella tradición que la Poesía expresó con estos versos:

Por librarse de paganos
las siete doncellas mancadas
se cortaron sendas manos,
y las tienen los cristianos
por sus armas en Simancas.

Nada, sin embargo, que dé más lustre a Simancas que su archivo fortaleza, fortaleza de los Enríquez, y Archivo por designio de Carlos V, en cuyo torreón, llamado del Obispo, pendió un día el cuerpo muerto del infortunado Acuña, prelado Capitán de las huestes de Zamora en las Comunidades de Castilla.

Arreglado, catalogado en su inmensa mayoría, el Archivo de Simancas es un faro histórico de Valladolid, de España, y aun del mundo. Un férvido aplauso merece la Diputación Provincial vallisoletana facilitando al investigador el acceso a este riquísimo depósito documental con la construcción de una hospedería que será, dentro de muy poco, un dechado de buen



Valladolid.—Archivo de la Real Chancillería.—Una ejecutoria del siglo XVI.

gusto y una prueba fehaciente de la cultura y tino de aquella floreciente Corporación (1).

En pos de Valladolid, en importancia, mirando al pasado, va, de sus partidos judiciales actuales, Medina del Campo, la ciudad de las ferias que fueron célebres, rebasando la linde nacional, en los pueblos de Europa.

A lo largo de la Historia de Medina —gloriosa y brava historia— el viajero espiritual que viene a Castilla y posa en la vieja ciudad para evocar sus grandezas y

(1) Escritas estas líneas se ha hecho pública la noticia de la cesión de la hospedería al Patronato Nacional del Turismo, que ejecutará, con su acierto peculiar, la gran obra.



Valladolid.
Palacio de Comunicaciones.



Valladolid.—Monumento a Colón.



Valladolid.—Plaza Mayor.

admirar los tesoros de su arte, trae a su mente, sobre todos los recuerdos, y con toda primacía, el instante aquel en que Medina recogió el último suspiro de Isabel la Católica.

Medina del Campo es Isabel. Y de las páginas de aquélla, ninguna tan emotiva, y digna de evocación por el viajero, como la de la muerte de ésta, cristianamente ejemplar.

¿Pero dónde, en Medina, murió Isabel la Católica?

La Poesía, con sus brillantes galas, dice que murió en el castillo. La Historia, con sus documentos incontestables, prueba que murió en el Palacio Real de la Plaza,

Pero antes de nada, ¿no es concluyente este argumento? La Reina murió el 26 de noviembre de 1504. ¿Cómo pudo morir en el castillo de la Mota si por entonces era prisión del Estado?

Efectivamente, los Reyes Don Fernando y Doña Isabel, en el año del fallecimiento de la Reina, vivían en el Palacio Real de Medina. Acreditánlo superabundantemente las citas y relaciones numerosas de los cronistas de la época. El 7 de octubre de 1504, Pedro Mártir, confidente de la Reina, escribe al Conde de Tendilla, después de hablarle de la gran ansiedad que hay «en Palacio», las siguientes palabras:

«Está dominada la Reina por una fiebre que la consume. No puede tomar alimento y la atormenta una sed devoradora. Esta malhadada enfermedad, según dicen, va a terminar en hidropesía.»

Y un día antes de su muerte, agrega: «Nos hallamos en Palacio todo el día aguardando con lastimero semblante la hora en que la religión y todas las virtudes dejarán la tierra con su espíritu.»

Pero hay un argumento inapelable: el testamento y codicilo de la Reina, si hubieran sido hechos en el castillo, irremisiblemente hubieran encabezado la fecha así: «En la Mota», etc.; como todos los testamentos otorgados en aquel lugar, por ser una fortaleza donde había Alcaide.

Y, en fin, todos los documentos expedidos por los Reyes Católicos en la Mota, consignan esta palabra, la de fortaleza o castillo, y ni en el testamento y codicilo, ni en las cartas, ni referencias de las personas que con los Reyes vivían y trataban



Valladolid.—Patio de la casa donde nació Felipe II.



Valladolid.
Ventana de ángulo.

Valladolid.—Casa de los Viveros, en la que se desposaron los Reyes Católicos.



Valladolid.
Academia de
Caballería



Valladolid.—Iglesia del Salvador.

Triptico flamenco con portezuelas pintadas, de Quintin de Metsys, joya valiosísima de Valladolid.

de la enfermedad y muerte de la Reina, no se cita ni una vez siquiera la Mota, sino sólo el Palacio, consignado en ocasiones con estas palabras: «el Palacio Real de la Plaza».

En él, sin duda, murió aquella Reina de quien Andrea Bernáldez, Cura de los Palacios, historiador testigo de sus grandezas, dice: «Fué mujer hermosa, de muy gentil cuerpo e gesto, prudentísima, sabia, ho-

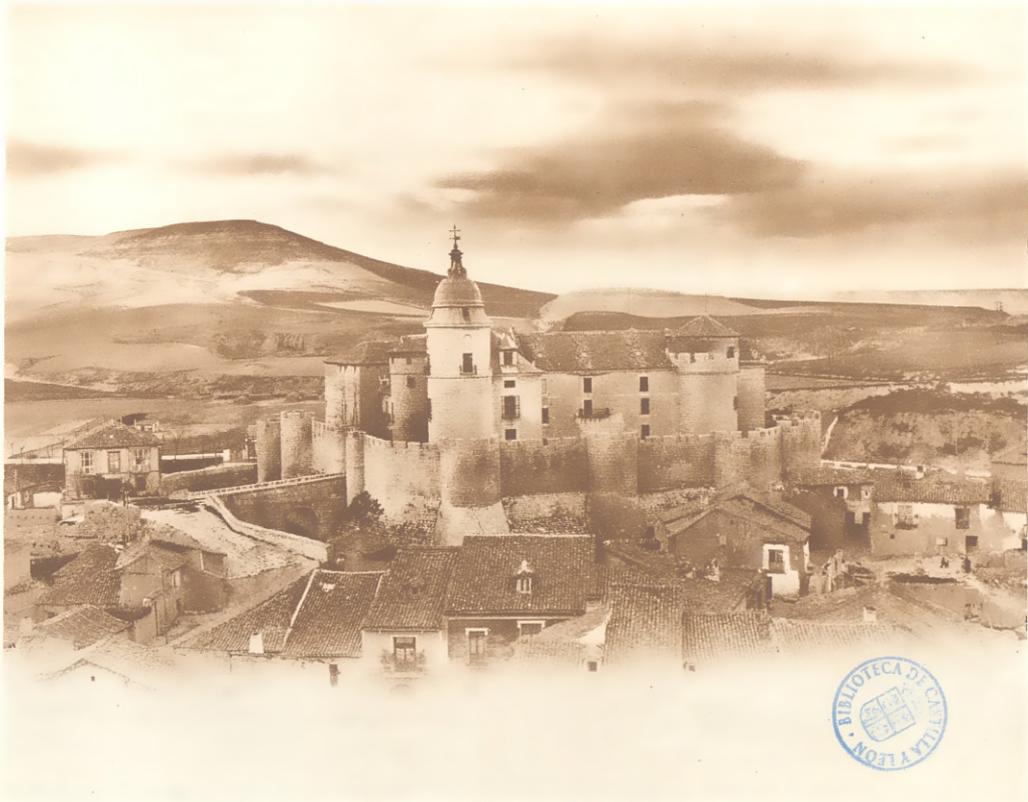
nesta, devota, discreta, cristianísima, clara sin engaño, justa en el juicio, soberana en el mandar, liberal en su justicia, sujeta a su marido, buena casada, leal e verdadera. Fué la más temida y acatada Reina que nunca fué en el mundo. Así desta muy noble y bienaventurada Reina, vivirá en España su fama por siempre...»

El Palacio Real ya no existe. Alzarse donde se emplazó las casas vecinas al Ayuntamiento. Subsiste, en cambio, en su integridad exterior, el castillo del que podemos dar una noticia curiosa y semidesconocida, referente a la reforma que experimentó a mediados del siglo xv. En este tiempo el Castillo de la Mota de Medina, con estar en Castilla, era del reino de Navarra... Nosotros hemos visto en el Archivo de Contos de Pamplona el documento que lo justifica.

Encima de una de sus puertas, las armas de los Reyes Católicos

pregonan otra reforma llevada a cabo por estos Reyes. Y en nuestros días se han realizado también otras obras de restauración.

El Castillo de la Mota es de ladrillo y asimismo ciertas iglesias y edificaciones varias que ostentan, como la parroquia de San Miguel, neto sello mudéjar, si bien en magnificencia, aunque en gusto distinto, ninguna como la de San Antolín, ojival.



Simancas. —Vista general del Archivo.

con buenas esculturas y retablos, de los que en Medina hay varios y valiosos ejemplares.

No se puede omitir en la arquitectura civil medinense el Hospital de Simón Ruíz, portugués de nacimiento, aunque conste equivocadamente en todas las historias y biografías suyas que nació en Belorado (Burgos), hospital celeberrimo en el que se conserva una muy antigua letra de cambio, y la Casa de los Dueñas, renacentista, morada de Príncipes y Reyes en sus estancias en Medina.

La importancia de Medina del Campo absorbe casi por entero la de los pueblos de su demarcación, que no tienen, como aquélla, relevante historia.

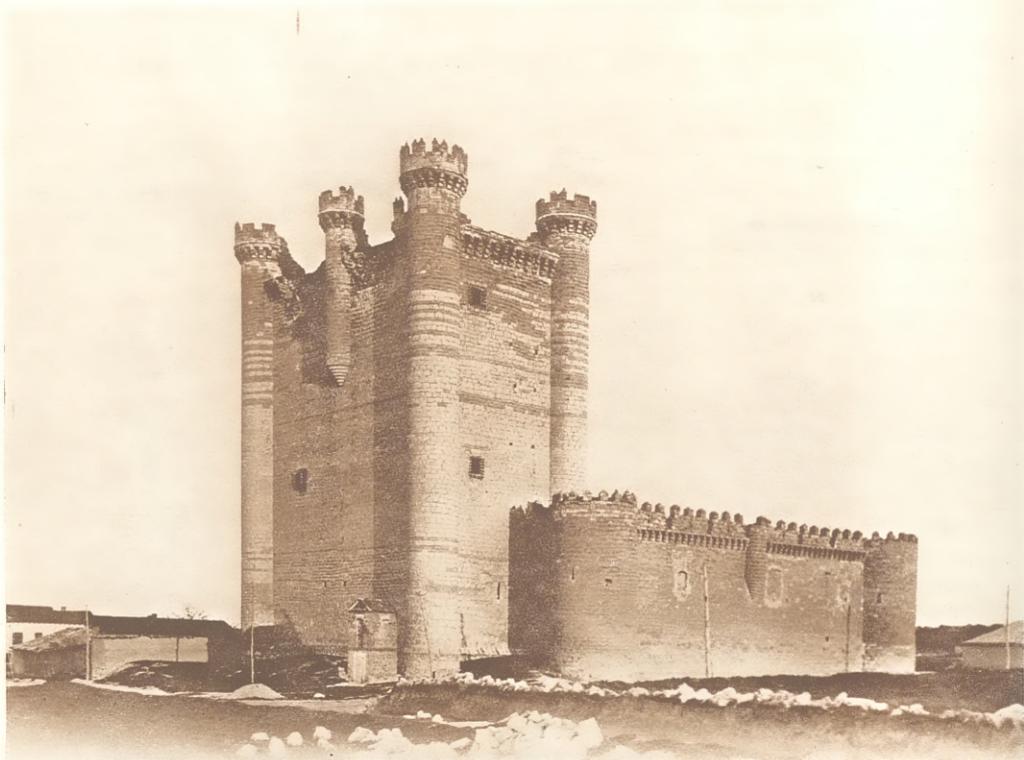
No ocurre así con Peñafiel y Olmedo y Tordesillas, algunas de las cuales comprenden pequeños lugares hoy, que fueron en un ayer, más o menos remoto, teatro de sucesos importantísimos de la Historia

de España, y conservan de ellos notables testimonios.

En todos esos pueblos que reclaman y merecen la atención del viajero queremos hacer, siquiera breve, una parada, ya que en un trabajo de limite forzoso como este es humanamente imposible sacar a relucir todos, que la provincia de Valladolid entre ciudades, villas y lugares tiene muy cerca de trescientos...

Escala obligada del viajero espiritual que corre la llanura es Tordesillas, y algunos de los pueblos de su jurisdicción.

¡Tordesillas! Así como Medina del Campo evoca la figura de la Reina Isabel, Tordesillas recuerda al visitante la pálida y enlutada figura de su hija Doña Juana, más que loca, enferma del mal de amor. «Tiénneme por loca —son palabras de la propia Reina—; pero si en algo no usé de razón no fué otra la causa sino celos, y los celos no son locura...»



Castillo de Fuensaldaña, de la familia de los Viveros, Cortadores Mayores de Castilla.

Toda su vida puede decirse que pasó Doña Juana en Tordesillas, desde que un día tras el féretro de su marido, el Rey Hermoso, llegó a la villa castellana y le depositó en el Monasterio de Santa Clara, para no dejar de verlo sus ojos mientras en ellos no se extinguiera la luz...

En Tordesillas, el visitante se irá en derecha al Monasterio de Santa Clara. A la vera, hallará los vestigios del Palacio de Doña Juana, y en el Monasterio, fundación de Pedro I y sus hijas, en la regia morada que fué de Alfonso XI, se abismará ante su portada mudéjar, y, si entra en clausura por dispensación pontificia, ante el patio árabe toledano, *único* en Castilla, y la Capilla Dorada, y el vestíbulo de Don Pedro, y el Vergel.

Lo más seguro es que tenga que limitarse a visitar la iglesia y el exterior del monasterio sin poder traspasar la clausura; pero aun con esto ya tiene bastante donde prender su admiración: el arte sonado des-

lumbrante de la iglesia, áurea techumbre de la Sala rica del antiguo palacio de Alfonso XI, que alarifes moros construyeron en himno de triunfo por la batalla del Salado, y para dar gloria con sus manos al Dios de los cristianos; la capilla de Lope de Saldaña, su tríptico, la reja del coro monjil, y, fuera de la iglesia, los famosos baños de la Padilla, descubiertos ha poco y restaurados, con acierto, en lo preciso.

Cercano al Monasterio de Santa Clara hay que visitar en Tordesillas la renombrada iglesia de San Antolín con su célebre capilla de los Alderetes que guarda un retablo de Juan de Juni y dos sepulcros, uno ojival y otro plateresco, obra ésta de Gaspar de Tordesillas, en los comienzos del siglo xvi.

Y si es dama la que visita Tordesillas, ¿cómo no ir a San Pedro a ver el collar de oro y esmeraldas que se cree proceder de la Reina Doña Juana?



— Medina del Campo.—El Castillo de la Mota.

No lejos de Tordesillas el pueblo de Wamba, con su nombre evocador, sale al paso del viajero para mostrarle, en recuerdo de los tiempos godos, el lugar de la Honcalada donde se eligió por Rey al noble Wamba, que dió nombre a la villa, llamada *Gérticos*, antes de la proclamación.

Dicen los cronicones visigodos en ese expresivo latín medieval en que están escritos que fué *Gérticos*, lugar del patrimonio de Recesvinto, donde el prudente Rey legislador, en las treguas de sus campañas militares, se solazaba apartadamente de cómites y gardingos entregado a las intimidades de su hogar.

Con escrupulosa exactitud fijan también la fecha en que el Rey visigodo, después

de su último viaje desde Toledo, descansó en el Señor —1.º de septiembre del año 672— en este lugar de *Gérticos*, y aún añaden, sin tanta precisión, que en el mismo lugar, ante los restos calientes aún de Recesvinto, según lo había dispuesto para él y sus sucesores el Concilio VIII de Toledo, los nobles godos obligaron a Wamba a aceptar la Corona que en nombre del pueblo visigodo le ofrecían.

La tradición, conservada de padres a hijos, señala el lugar de la Honcalada, en el pueblecito de Wamba, como el paraje donde se celebró la elección, ratificada solemnemente en la catedral de Toledo, en la que, por manos del prelado Quirico fué ungido el nuevo Rey.

Pero aquella noticia que el viajero adquiere al llegar a Wamba no tiene otro valor que el puramente tradicional. No es así, en cambio, esta otra: la que le dice que la iglesia de Santa María del

histórico pueblo fué fundada por Recesvinto, noticia cierta que los antiguos testimonios escritos le dejaron consignada y que a través de los tiempos comprueban sus ojos en esta iglesia que hoy se levanta en medio del pueblecillo, construída sobre la base misma de aquella antiquísima que el Rey visigodo, para su enterrorio, mandara labrar.

La iglesia de Wamba es una perla de Castilla. El imafrente está fechado (fines del XII), el cuerpo de la iglesia es gótico, pero la cabeza, lo más antiguo, enreda aun hoy a los arqueólogos en réplicas y controversias. Unos se inclinan por el visigotismo (siglo VII) y otros por el mozarabismo en pleno (siglo X).

No ha de salirse uno de la iglesia de

Wamba sin ver la pintura castellana del xv que existe en un altar de la nave de la Epístola, y, por la del Evangelio, el enterrorio real, y detrás, el osario Sanjuanista, habitación dantesca en la que las paredes y bóveda están cubiertas de calaveras y tibias, alineadas y superpuestas con terrorífico primor...

Fragmentos visigóticos interesantísimos, dentro de su iglesia dieciochesca, hallaranse, en esta ruta, en San Román de la Hornija, patrimonio de Chindasvinto, y por él elegido para sepulcro suyo y de su mujer Reciberga.

De la demarcación de Tordesillas hemos de destacar aquí, entre los demás pueblos, a Villalar, por la página de los Comuneros, «los que pelearon como caballeros y murieron como cristianos» en la plaza de esta histórica villa, a cuyo fondo existe la iglesia de San Juan, que tuvo los restos de los bravos paladines de la libertad de Castilla, por poco tiempo, que unos

meses después fueron trasladados: los de Padilla, a la Mejorada; los de Bravo, a Segovia, y los de Maldonado, a Salamanca.

Si el visitante es de buena fe admitirá como auténtica la picota que en cierta casa de Villalar se le mostrará diciéndole que de ella colgaron las tres cabezas de los ajusticiados. Puede ser; pero alrededor de esto y de su supuesta exhumación en 1821, cuando hacía ya tres siglos reposaban en otras tumbas, no faltan episodios ni relatos curiosísimos, *sed non est hic locus*.

De la parte de la Nava del Rey hay que señalar esta ciudad, cuyo primitivo nombre *Nava de Medina*, «Llanura» de Medina, trocóse en Nava del Rey por Felipe II, que la concedió el privilegio de exención, y Alaejos. En aquella es de reseñar la iglesia de los Santos Juanes, gótico renacentista, ábside gótico, torre renacentista, con retablo, en parte, de Hernández, y un Descendimiento bizantino en una capillita del xvi.



Medina c'el Campo —Plaza Mayor.



Medina del Campo.—Patio de la Casa de Dueñas.



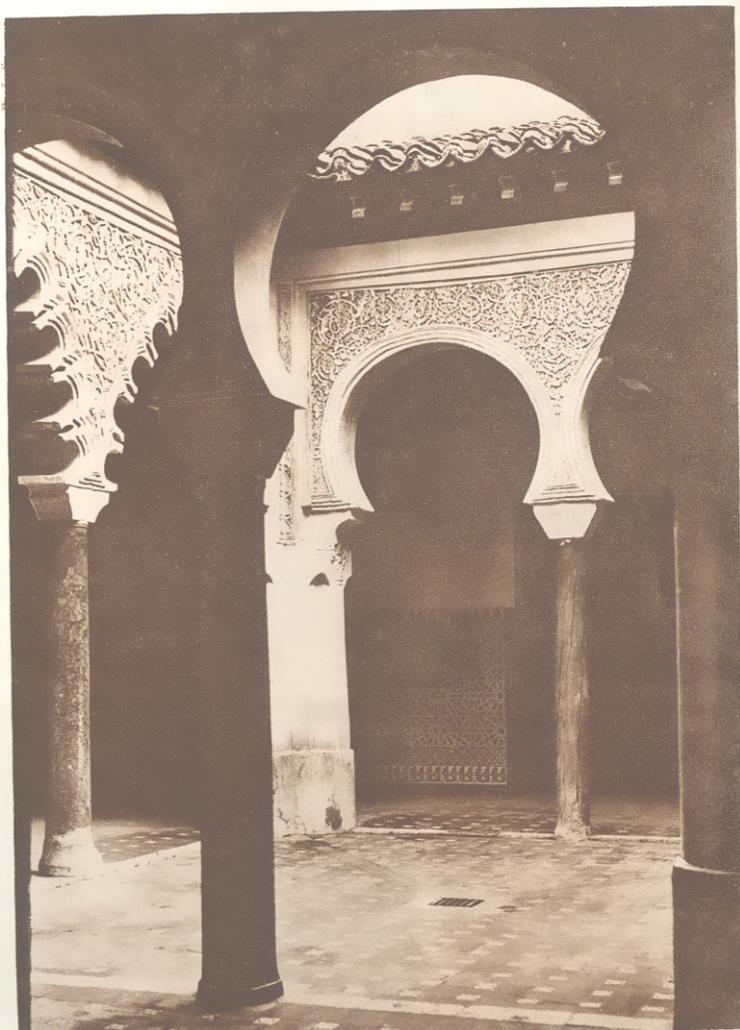
Tordesillas.—Portada mudéjar
del Monasterio de Santa Clara.

No ha de olvidar el visitante, en el convento de monjas capuchinas, las tallas de Carmona, navarrés ilustre del siglo XVIII y, entre éstas, la *Divina Pastora*, célebre en toda la región y fuera de ella.

En Alaejos, acusada por sus gentiles torres, destácase la iglesia de Santa María con su retablo de Esteban Jordán.

Prosigamos nuestra visita por la provincia. Ahora estamos en Peñafiel, el Señorío del Príncipe, de aquel Príncipe que amó, sobre todo, los libros. Este fué el Infante Don Juan Manuel, sobrino del Rey Sabio y nieto de San Fernando. No hallaréis otro recuerdo más intenso en Peñafiel que el del autor egregio de «El Conde de Lucanor».

Si subís al castillo hallaréis su huella y recordaráis sus hazañas de guerrero, si, en el corazón de la villa, os adentráis en San Pablo, la silueta del Infante llenará vuestro recuerdo, y evocaréis que de allí, siendo morada del Príncipe que amó, sobre todo, los libros, salieron con aires de eternidad las páginas inextinguibles de «El libro de Patronio», y, si, en fin, os detenéis frente a las ruinas de San Francisco, a la salida de la población, acaso percibáis, si el día es de cerrazón y obscuro, un aire impetuoso, terrible. Entonces la leyenda os saldrá al paso y os dirá: «Es el espíritu de Don Juan Manuel obligado a penitencia por aquel juramento de pacto que selló una sacrílega comunión...»



Tordesil'as.—Patio árabe toledano del Monasterio de Santa Clara.

Todo, todo en Peñafiel es el Infante Don Juan Manuel. Desde el castillo, en las alturas de la villa, hasta los vestigios, escondidos, de antiguos esplendores.

No quiero decir con esto que la villa no tuviera historia hasta que se la diera el Infante.

Hazañas de epopeya fueron las de su fundador, Ruy Laínez, hijo del belicoso Laín Calvo, y aun el mismo Conde García Fernández, bajo cuya soberanía rindióse la plaza al poder musulmán, mereció los máximos honores de los historiadores árabes que, al reseñar su heroísmo en la de-



Wamba.—Iglesia imafrente (siglo xii).

fensa de la villa, sitiada por Almanzor, y la dificultad casi insuperable de su cautiverio, dijeron poéticamente: «Alá en sus altos designios ha dispuesto que García-Ebn-Ferdeland, Príncipe cristiano, más inaccesible que una estrella, fuera cautivado este día...»

Los cantores musulimes, sin embargo, enmudecieron pronto. El Conde Sancho García, hijo de Garci-Fernández, entró en la villa a sangre y fuego, expulsó de ella a los infieles, y reconquistando la vieja fortaleza de la plaza (cuyas ruinas se ven hoy), puso su lanza sobre la peña más alta, pronunciando su frase, que los cronistas cristianos recogieron: «Desde hoy en adelante ésta será la peña más fiel de Castilla, de donde la villa tomó el nombre de Peñafiel...»

Otros hechos de admirable bizarría prgonan la grandeza del señorío y de la villa antes de que fuera su señor el Infante Don Juan Manuel. Pero todo ello, con ser mucho, es poco si se compara con la inmensa importancia que le dió el prestigio litera-

rio e histórico del esclarecido Infante. En verdad, la historia y poderío de la villa de Peñafiel se desdibuja y esfuma cuando se aleja del célebre magnate que con su espada y con su pluma dió a Castilla días luminosos de esplendor y gloria.

En la cima del altozano que protege a la villa se yergue sereno el castillo.

Como un barco que surca la aguas, así el castillo de Peñafiel, por su forma, visto a lo largo, y hecha abstracción del calvo montículo en que se asienta, semeja un navío por el mar de espigas que se extiende en su redor.

A principios del siglo xi fundólo el Conde Don Sancho García; pero su reedificación fundamental viene de tiempo del literato Infante, y su estilo, el ojival en esta clase de construcciones, si bien la torre del homenaje no sobrepasa la mitad del siglo xv.

Doscientos diez metros de largo por veinte de ancho tiene este castillo inexpugnable, ejemplar valioso en la arquitectura militar, en cuyo recinto nació el Príncipe de Viana.

Tal es el castillo. En él el Rey Fernan-



Wamba.—Interior de la Iglesia.



Medina de Rioseco. — Capilla de los Benaventés, en la Iglesia de Santa María.

do I y el Cid se reunieron para su expedición a Portugal; en él el invencible Alvar-Fáñez, en tiempo de Alfonso VI, resistió el asalto de los almoravides; en él Doña Urraca tuvo cercado a Don Alfonso el Batallador hasta que la intercesión del Papa dió paz a los esposos; en él brilló el saber jurídico del Rey Sabio, otorgando desde allí leyes y pragmáticas que subsisten en nuestros Códigos...

Para frailes dominicos elevó el Infante San Pablo, y de entonces se conservan el ábside principal y el de la epístola, mudéjares, en ese tipo tan característico de construcciones de ladrillo, mientras que el otro ábside, reconstruído en el siglo xvi,

ostenta el gusto renaciente, de la época del reconstructor, también Don Juan Manuel, de igual nombre, mas no de la condición literaria del ilustre bisabuelo.

Otras iglesias hay en Peñafiel dignas de mención: Santa María, con un retablo del xvi; El Salvador y San Miguel, con alguna escultura de Hernández. Y no ha de omitirse, como curiosidad, el barrio tortuoso y laberíntico de la Judería que, en empinada, trepa por cierta parte de la villa, y descendiendo, por la otra, a la margen del río.

Sin salir de la jurisdicción de Peñafiel, el viajero visitará, de entre los pueblos que la constituyen, Curiel de los Ajos, no

ya por su castillo, más que en ruinas, sino por el palacio de Doña Berenguela, hija de Alfonso el de las Navas, en el que la civilización árabe dejó varias muestras; Valbuena de Duero con el Monasterio cisterciense de San Bernardo, y Retuerta con el de premostratenses, erigido por Doña Mayor, hija del Conde Ansúrez; y Castrillo de Duero, donde nació el intrépido General, más conocido que por Juan Martín, su nombre y apellido, por el remoquete del *Empecinado*, hecho de una vez famoso el apodo impuesto a todo hijo de Castrillo, motivado, a lo que parece, por los arroyuelos de escasa y lenta corriente que cruzan la minúscula villa, ocasionando cierto lodo negruzco o pecina.

Henos aquí ahora frente a Olmedo, la gran villa que siguió muy de cerca los esplendores de Medina del Campo, y fijó su extraordinaria importancia aquel famoso dicho:

Quien Señor de Castilla quiera ser
A Medina y Olmedo ha de tener.

La leyenda, como en casi todos los pueblos, prendió en sus orígenes, y el nombre del lugar lo explicó aquélla, atribuido a la benéfica sombra de un olmo, a cuyo placer, en un día de sofocante calor, se aco-

gieron, *in illo tempore*, ciertos cazadores, que allí, encantados del sitio, hicieron su asiento, originando el lugar que, presto, se llamó Olmedo...

Fábulas aparte, documentalmente seguimos la historia de Olmedo desde Alfonso VI, historia varia y accidentada que culminó al mediar el siglo xv, con la conocida batalla de tal nombre, la batalla de Olmedo, entre los confederados contra el Rey, y el propio Juan II, y el valido Don Alvaro de Luna.

Posemos un instante en las calles y campos de Olmedo. Su historia se agolpa en nuestra mente. El amor, la pasión indómita, la heroica bravura, la rivalidad y el despecho amorosos, la munificencia real y, sobre todo, la lealtad al Trono en instantes de inminente peligro, fulgura en las páginas de la crónica olmedana.

Aquí el Rey Don Pedro, loco de pasión, abandonando por segunda vez a su legítima esposa Doña Blanca, cayó en los brazos de la Padilla, para nacer a poco en la bastardía la Princesa Constanza, Duquesa luego de Lancáster, de quien fué cierto tiempo el señorío de Olmedo.

Mas la máxima grandeza de Olmedo coincide con las máximas turbulencias y revueltas de Castilla.



Torrelatón.—En la altura el castillo, último baluarte de los Comuneros...



Villalar de los Comuneros.—Plaza de la Villa.—Al fondo, la Iglesia de San Juan.

Fué por entonces, con intervalo de veintidós años, cuando la Historia escribió con sangre sus dos páginas que llevan el mismo nombre: «Batalla de Olmedo». Y fueron idénticos los motivos, idénticos los combatientes, idéntico el resultado de la contienda: el triunfo de la Corona.

De un lado, en tiempo de Juan II, los realistas, al mando de Don Alvaro de Luna; de otro, los confederados contra el Rey, al mando de los Infantes Don Juan y Don Enrique. Veintidós años después, en el Trono de Castilla Enrique IV, repitióse la escena. Y los ejércitos combatientes, al mando, los del Monarca, de Don Beltrán de la Cueva, y al del Arzobispo toledano Alfonso de Carrillo, los confederados, chocan nuevamente en ruda pelea por la misma causa, que otra vez alcanza la victoria con la victoria del Rey.

Desde la iglesia de Santa María, bajo su campanario, contemplamos los lugares de las fratricidas luchas.

¡Cuánto evocan estos parajes olmedanos! Camino adelante, desde esta altura vislumbramos, más que vemos, en dirección a la Mejorada, la Cuesta del Caballero. Amor y celos diéronla nombre.

Estar en Olmedo y no recordar la figura interesantísima de aquel galán que por el

amor a su dama desvió el curso del Adaja, y sufrió la muerte, es algo imposible.

En sus viejas calles adquiere tono de prestigio el famoso estribillo:

Que de noche le mataron
al caballero;
la gala de Medina
la flor de Olmedo.

Aún están en pie, en gran parte, las murallas que defendieron a Olmedo, y algunas de sus puertas. En el interior, sus iglesias mudéjares retienen la curiosidad del viajero.

Llevaránse la preferencia por sus retablos, Santa María y San Andrés. El de aquella, de doce tablas con el asunto de la Historia de la Virgen, de autor desconocido, pero no de fecha, que una de ellas consigna la de 1550. Y el de ésta, procedente de la Mejorada, debido al cincel de Alonso Berruguete.

En otras iglesias de Olmedo consérvanse restos y fragmentos artísticos de la Mejorada. En cambio, de este Monasterio no queda otra cosa de interés, aparte de una estancia del xv, que una capilla mudéjar bellísima. La *Mejorada* —llamado así este Monasterio por su fundadora María Pérez, de Olmedo, a la que sus padres de-

jaron «mejorada» en sus bienes, con cuya mejora realizó la fundación— sufrió, como tanta iglesia, los efectos de la excomunión.

En los primeros tiempos de la Edad Moderna fué poderosísimo este Monasterio; sus obras de arte, de mérito excepcional, y en su claustro, eminentes varones en virtud y ciencia pusieron muy alto el nombre de España.

Una auténtica crónica de cierto prior de

aquella religiosa mansión se preparara comida ninguna en tal día, «preguntó el César qué comía el convento, e dixéronle que pan i agua, y entonces, por seguir el ejemplo tan santo, mandó que le trujesen dos panecillos de los que los religiosos comían y un jarro de agua, y con aquello pasó todo el día del Viernes Santo».

De la tierra de Olmedo son: Portillo, que a lo alto de un cerro eleva su fortaleza, dominadora de la llanura, en la que el



Nava del Rey.—Iglesia parroquial y Ayuntamiento.

los Jerónimos de aquel tiempo refiere del Emperador una curiosa anécdota: Volvía Carlos.V de Argel, y buscando un sedante a su espíritu, conturbado con aquella triste jornada, posó en la Mejorada, en el retiro monasterial de los frailes jerónimos, ¡quién sabe si con el ánimo ya puesto en Yuste!...

Y ocurrió que siendo uno de los días de la estancia del Emperador, Viernes Santo, y no viendo éste traza alguna de que en

infortunado Don Alvaro de Luna pasó su última prisión, camino de la muerte... Iscar, con ruinas de otro castillo; Ventosa de la Cuesta, señorío de Alonso Berrugue; Mojados, cuya iglesia de Santa María posee un retablo del siglo xvi.

En hermosura y grandiosidad de sus iglesias no hay lugar que aventaje en la provincia de Valladolid a Ríoseco, la ciudad de los Almirantes de Castilla, en la que los Enríquez, hijos de Reyes, mostraron



Naca del Rey.—La Divina Pastora, de Carmona (siglo XVIII).



Peñafiel.—Un aspecto de la antigua villa, que fué señorío del Infante Don Juan Manuel.

en tantas ocasiones su enorme influjo y poderío.

No ha de hacerse aquí, aunque ello fuera de sumo interés, una reseña histórica, ni en síntesis, de esta villa que Felipe IV elevó a ciudad. Sólo la cita de los privilegios reales y documentos rodados que guarda su Archivo, por cierto exquisitamente ordenado y dispuesto, llenaría el espacio de esta breve crónica de divulgación general de la provincia de Valladolid.

Sepamos que los Enríquez, que tomaron tronco en Fadrique Enríquez, sobrino de Enrique II, el Bastardo, y de cuya rama, por hembra, procedió Fernando el Católico, dieron el mayor brillo a la villa, que en innumerables páginas de la Historia de España hubo de intervenir, participando activamente en casi todos los sucesos de importancia del tiempo aquel de los fines de la Edad Media y comienzos de la Moderna, y de modo decisivo en el movimiento de las Comunidades de Castilla.

Medina de Ríoseco, que en realidad era

una pequeña corte dentro de la gran Corte, asentada unas veces en Valladolid, otras en Medina del Campo, etc., legó a la posteridad la magnificencia que le era propia, y hoy, el viajero que se dirige a la ciudad, descúbrela al punto y queda maravillado ante sus catedrales, mejor que iglesias, en las que el Arte acumuló sus maravillas, y la riqueza se mostró pródiga y desbordante.

Por la puerta de Ajujar, que es la más antigua de las que se conservan, vamos a penetrar en la villa castellana, la más monumental de la provincia. Ahora, derechamente, a San Francisco, fundación del Almirante don Fadrique, en las postrimerías del ojival. En ella hemos de detenernos ante los barros cocidos de Juan de Juni, uno de ellos desnudo admirable, muy conocidos y divulgados en libros, folletos y artículos. Otra cosa que nos retendrá en esta iglesia son las tribunas platerescas en las que se asentaban sus antiguos y monumentales órganos.

Pero es preciso aprovechar la estancia en Ríoseco y, abreviada aquí, hay que ir con

todo interés a Santa María, góticorrenacentista, en los albores del XVI, donde, por necesidad, hemos de detenernos más despaciosamente.

Si nuestros gustos van por la rejería artística, habremos de hacer estación ante las dos rejas que aquí hay, una de ellas de Cristóbal de Andino, cuya firma ahorra todo elogio. Si queremos admirar algo magnífico de orfebrería, preciso es que nos enfrentemos con la custodia maravillosa de Antonio de Arfe. Y en fin, si deseamos ver algo «único» buscaremos, sin salir de esta iglesia, la capilla de los Benaventés, en la que, después de abismarnos en el retablo de Juan de Juni, gozaremos con el desconcertante exorno escultórico de Jerónimo de Corral, y nos parecerá un sueño, en fuerza de originalidad, aquella representación de nuestros primeros Padres, después del pecado, saliendo del Paraíso terrenal, a cuya puerta la Muerte, jubilosa y cómodamente sentada, les aguarda tañendo con alborozo una guitarra... La capilla está fechada. Año de 1546.

Aún quedan en Ríoseco dos iglesias importantísimas, callando otras que no lo son: la de Santiago, de tres majestuosas naves, y la de la Cruz, herreriana, en uno de cuyos altares brilla una Piedad de Rodrigo de León, del primer cuarto del siglo XVI.

Recorramos ahora, fuera de los templos, la Medina profana, a cuyo favor Reyes y Príncipes otorgaron numerosos privilegios y mercedes.

Pareja de las artes iba el comercio. El mercado de los jueves llegó a ser célebre en el reino, y no pocas gentes de fuera de él acudían con preferencia a la Corte del Almirante, en cuya plaza de Santa Ana, allí junto a la Especería y la calle de los Lienzos, se hacían las más importantes transacciones mercantiles, que por su número y calidad acreditaron de famosas las ferias ríosecanas, acuciado el interés del comercio en Castilla entre éstas y las celebérrimas e insuperables de Medina del Campo.

Del mercadillo cubierto, uno de los primeros castellanos, quedan hoy en pie sus re-



Olmedo. — Las murallas.



Olmedo. — Retablo de Berruguete, en San Andrés.

cisa columnas. Un paseo por la empinada callecita que a él conduce atravesando de arriba abajo la ciudad, para salir fuera de ella a la puerta de Ajujar o a las del Cristo, proporciona al visitante que venera lo viejo la más pura emoción.

Aún puede seguir paso a paso, guiado de auténticas relaciones, los recovecos de la antigua Corte de los Almirantes, aunque muchos de los sucesos de su historia que traiga a su vocación no pueda recordarlos frente a las mansiones donde acaecieron, desaparecidas y arrumbadas por el tiempo y los hombres, sin saberse de ellas otra cosa que el

lugar en que se alzaron.

Aquí se irguió, magnífico, el castillo señorial de los Almirantes, que albergó a la *Rica Hembra*. ¡Brava mujer que una noche, cumpliendo la ley, deja fuera de la villa a su esposo y señor el Almirante, llegado a ella a deshoras, sin que, por privilegio, se le abran las puertas, cerradas hasta el amanecer del nuevo día, y otra noche firma la sentencia de muerte del osado galanteador, que aprovecha villanamente la ausencia del Almirante para inferirle tal agravio...!

¿ería en ssCómo u integridad el palacio que, aparte del castillo, elevó la magnificen-



Olmedo. — La Mejorada. Capilla mudéjar de Santa María.

cia de Don Fadrique Enríquez, donde quiso vivir los últimos años de su vida y esperar su muerte?

No se sabe; pero sábese, en cambio, por fidedignas y auténticas relaciones, cuanto sucedió dentro de sus muros, en el tiempo revuelto aquel de las Comunidades, que congregó en Róseco al Gobierno del Emperador, huyó en disfraz de Valladolid y aposentado, a la sombra del Almirante, en su morada, a la cual, en un día de angustioso viaje, llegó un afligido varón vestido de púrpura, el Cardenal de Utrech, Regente del

Reino, evadido sigilosamente de la ciudad castellana, envuelta en el furor de los comuneros.

Ya nada de aquello existe: ni el castillo ni el palacio. En el lugar donde se alzaron, en belicosas y pasadas centurias, la presente ha extendido la bella pradería de un jardín, uno de esos jardines provincianos silenciosos y amables, en los que, libres de bullicios y ajetreos, se coge el sol a gusto en los días claros y rutilantes del invierno castellano.

De estar en Róseco es obligado, so pena de pecado de lesa Historia, visitar cuatro de



El castillo de Portillo.

sus pueblos y lugares: Villalba de los Alcores, famoso por su castillo que los Caballeros de San Juan elevaron al regresar de las Cruzadas, y en el cual Doña Juana estuvo unos días con el cadáver de su esposo en aquella jornada que comenzó en Burgos y terminó en Tordesillas, y, unos años después, retuvo en rehenes a los hijos del Rey de Francia Francisco I; Montealegre, también con su castillo de los Meneses; Matallana y su monasterio; La Espina y el suyo, en el que se venera una Espina de la Corona de Nuestro Señor Jesucristo, y, para terminar, Villagarcía de Campos, la villa de la infancia de *Jeromín*, aquel labradorcillo que, como en un cuento de hadas, se tornó en Príncipe, y que en la Historia tiene un nombre glorioso: Don Juan de Austria.

En Villagarcía, multiplícanse los recuerdos del Príncipe vencedor en Lepanto: el alcázar donde se educó al amparo amoroso de Doña Magdalena de Ulloa; el «lignum-cru-

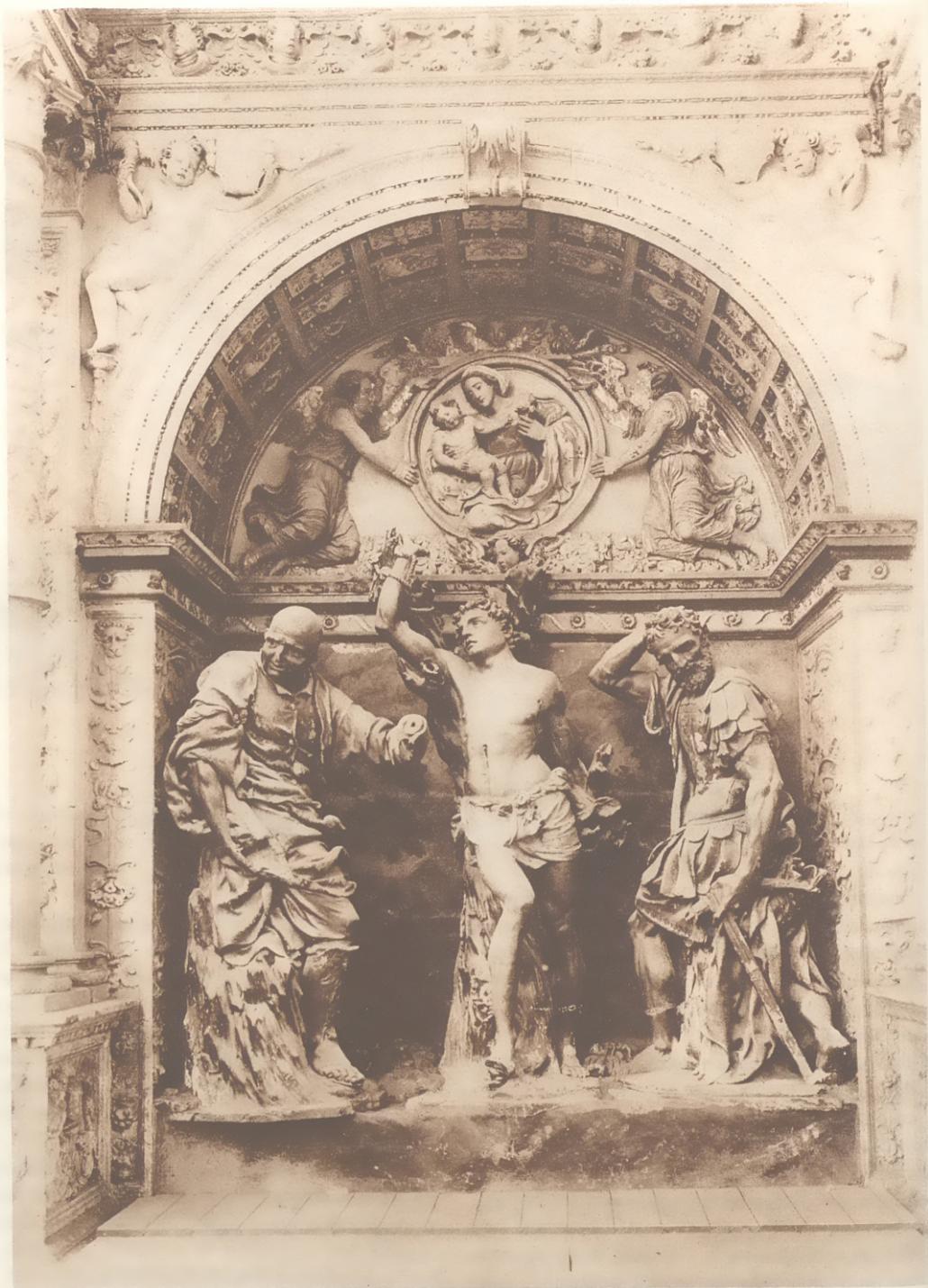
cis» que le regaló Paulo V, y el «Cristo de las Batallas» que llevó siempre en sus guerras contra la morisma, y que tuvo entre sus manos al morir...

Llégase al fin de esta breve glosa histórico-artística de la provincia de Valladolid. El viajero espiritual que la recorre no ha de olvidar la visita a Villalón, Valoria la Buena y Mota del Marqués, deteniéndose, como ahora indicaremos, en algunas de las villitas de sus partidos, si poco importantes por la territorialidad, mucho por su significado histórico.

En Villalón, de su antiguo Señor el Conde de Benavente, está en pie, con fortuna restaurado, el célebre *rollo* que inspiró la copla:

Campanas, las de Toledo;
 iglesia, la de León;
 reloj, el de Benavente,
 y rollo, el de Villalón.

Un artífice de los que labraron las agujas



Medina de Ríoseco.—Iglesia de San Francisco.—(Barro cocido de Juan de Juni).



Medina de Río Seco.—Puerta de Ajujar (siglo xii).



Villagarcía de Campos.—Retablo en alabastro, de San Luis, antigua iglesia de la Compañía de Jesús.

de la catedral de Burgos construyó este rollo bellísimo de Villalón. Más antigua es la iglesia de San Miguel, cuya torre, en su primer cuerpo, pregona el siglo XIII, siquiera las otras partes sean de tiempo posterior.

Gana en iglesias a Villalón, el pueblo de su límite judicial, Mayorga, en las que se advierte en maridaje el arco de herradura y la ojiva, iglesias interesantísimas dentro de unas murallas, en ruinas, de una antigüedad venerable.

De Valoria la Buena (1), «Villoria Buena» según el Becerro de las Behetrías, tienen más interés histórico que ella misma Mucientes, Cigales y Santa María de Palazuelos.

En Mucientes —aun hay vestigios del palacio— la Reina Doña Juana moró cierto

(1) Recientemente se ha alterado el régimen de los partidos judiciales de la provincia, con la supresión del de Valoria, y en proyecto está una nueva reforma. Para la más cómoda visita del turista, hemos agregado los pueblos en rutas fáciles, que el viajero alterará según su conveniencia o particular orientación.

tiempo, y «probó» no estar loca como se decía. En aquella ocasión en que el Príncipe, su esposo, quería inhabilitarla y recluirla en esta villa, las Cortes del Reino, reunidas en Valladolid, destacaron a Mucientes, para que observaran a Doña Juana e informaran de su enfermedad al Almirante de Castilla y a Garcilaso de la Vega, los cuales, huéspedes unos días de los Reyes, «no hallaron en la Reina palabra que fuera disorde, ni además ni señales que indicaran perturbación, y así dijeron a Su Alteza Don Felipe que mirase bien lo que hacía si salía de Mucientes sin la Reina...»

En Cigales —nota interesante— nació la cuarta mujer de Felipe II, Doña Ana de Austria, el 1.º de noviembre de 1549. Aquí es de ver la iglesia de Santiago, el lugar donde se alzó el palacio en que nació la Princesa y murió la Reina Doña María, hermana de Carlos V, y la indicación paleográfica de aquel acontecimiento.



El Rollo de Villalon

En Santa María de Palazuelos, en fin, debe visitar el viajero la iglesia del antiguo Monasterio del Cister, románico-ojival, entre cuyas tumbas, dignas de detenido examen, está la que guarda los restos de la madre de Doña María de Molina.

Aun hay que citar de Valoria la Buena otro lugar, Villafuerte, por su castillo, de la Casa de Novaliches, en buen estado de conservación, dominando el poblado.

Cierra esta reseña Mota del Marqués y su partido, de cuyos pueblos hay que consignar, aparte de San Pedro de Latarce, por las ruinas de su fortaleza, a San Cebrián de Mazote y a Torrelobatón. Dos lugares que en la

guía espiritual de la provincia de Valladolid reclaman puesto de honor.

Ofrécenos Mota del Marqués, la antigua Mota del Toro, que no hace mucho tiempo mostraba sus murallas y su castillo, ofréccenos la iglesia de San Martín, del siglo XVI, obra del celebérrimo maestro Juan Gil de Ontañón.

Pero con no ser vulgar la historia de la villa, el interés histórico artístico de su partido está en San Cebrián de Mazote, cuya iglesia del siglo X es el ejemplar, con la de Wamba, más valioso de toda la provincia, y en Torrelobatón, la villa de la torre y los lobatos, en la que el castillo, de la época



San Cebrián de Mazote. — Iglesia. — Un aspecto del interior.

de Juan II, sin deterioro alguno en el exterior, evoca la página de los Comuneros, que señaló su mayor gloria e inició su infortunio, consumado en los campos de Villalar.

Cerrémos con ellos nuestra crónica. El Arte y la Historia reclaman, por fuero, nuestra visita.

Allí, donde el poderío de los monjes mo-

zárabes cordobeses, junto a la Mota del Marqués, se dejó sentir, existió, desde muy antiguo, el lugar que en viejos documentos se cita con el nombre de *Sanctum Cyprianum de Macot*, el San Cebrián de Mazote de nuestros días.

En la provincia, fuera de Wamba, no hay otra iglesia de mayor interés, y que ha sido «descubierta», en el rango artístico, claro es,

no hace aún treinta años.

¿Se edificó, o reedificó, sobre un templo visigodo, en el siglo x? Su época es incontestable, fijada por recientes y eruditísimos estudios.

Son sus características: planta rectangular, tres naves y la de crucero, con dos series de cinco arcos de herradura, aquéllas, y otro en éste, columnas de mármol y variedad de capiteles predominando en el motivo el mozarabismo sin que falten otros clásicos y visigodos.

A través de los tiempos el monumento quedó envuelto en hechuras posteriores, y

los siglos xviii y xix dejaron en él sus huellas en las bóvedas y la cúpula del crucero.

Ved ahora el castillo de Torrelobatón. Dos recintos le amparan. Cada cubo puede contener un cuerpo de guardia de 12 mesnaderos. Y la gentil torre del homenaje, con 150 pies de alzada, es inexpugnable. Observad cómo aquellos cubos y esta torre, y las elevadas cortinas del parapeto, no almenado, corrido, se ofrecen, sobre todo, a la ballesta y a las armas de fuego manejables. Atended aquí y allá, en los lugares acusados de la fortaleza.

Esos son los blasones del alto señor que



*Mota del Marques.—
Patio renacentista
del antiguo palacio
del Duque de Alba*

fué su dueño. De la ilustre casa —sangre de Reyes— de los Enríquez, Almirantes de Castilla.

¡Qué emoción contemplar, desde el castillo, la extensa llanura que acusa en un alto, como para atraer la mirada sin remedio, al pueblecillo de Villalar!

Es ruta, la que siguieron los comuneros en su postrera jornada, que no ha de haber

viajero culto que venga a Valladolid que no la recorra en sentida evocación.

Tales son en brevísimo compendio —pongamos el punto final— los rasgos que destacan en la Historia y en el Arte a la provincia española, cuya capital, por su relieve y notoriedad bien conquistados, mereció aquella frase con que encabezamos estas líneas: «Villa por villa, Valladolid en Castilla...»

FRANCISCO MENDIZÁBAL.



POETAS VALLISOLETANOS



LA SIESTA

Son las tres de la tarde; julio; Castilla.
El sol no alumbra, que arde; ciega, no brilla.
La luz es una llama que abrasa el cielo;
ni una brisa una rama mueve en el suelo.
Desde el hombre a la mosca todo se enerva;
la culebra se enrosca bajo la hierba;
la perdiz por la siembra suelta no corre,
y el cigüeño a la hembra deja en la torre.
Ni el topo de galbana se asoma a su hoyo,
ni el mosco pez se afana contra el arroyo,
ni hoz a la comadreja por la montaña,
ni labra miel la abeja, ni hila la araña.
La agua el aire no arruga, la mies no ondea,
ni las flores la oruga torpe babea;
todo el fuego se agosta del seco estío:
duerme hasta la langosta sobre el plantío.
Sólo yo velo y gozo fresco y sereno;
sólo yo de alborozo me siento lleno,
porque mi Rosa,
reclinada en mi seno,
duerme y reposa.

Voraz la tierra tuesta sol del estío;
mas el bosque nos presta su toldo umbrío.
Donde Rosa se acuesta brota el rocío,
susurra la floresta, murmura el río.
¡Duerme en calma tu siesta, dulce bien mío!
¡Duerme entretanto
que yo te velo; duerme,
que yo te canto!

I

Como le canta y mece la madre al tierno niño
que duerme en su regazo, mi amor te arrullará;
como para él la madre mil frases de cariño
inventa, mil cantares mi amor te inventará.
Yo sé que siente, Rosa, tu corazón amante
los versos que te canto mientras dormida estás.
¿Qué quieres que te cuente? ¿Qué quieres que te cante?
¿Cuál es de mis canciones la que te gusta más?
¿Prefieres aquel cuento del silfo que tenía
en una red de tamo prisión en un rosál,
y al cual todas las noches a alimentar venía
la abeja que le amaba con miel de su panal?
¿Prefieres una historia como la historia horrenda
de aquel que fué a su dama celoso a degollar,
cuya cabeza trunca guardó de amor en prenda
y la cabeza le iba de noche un beso a dar?
Di cómo hablarte debo cuando tu sueño arrullo.
porque mi voz anhelo que te parezca tal
como la miel que daba posada en un capullo
la abeja de mis cuentos al silfo del rosál.

¡Mas duerme, vida mía, mientras te arrullo
yo de mi poesía con el murmullo,
mientras la aura en tus rizos juega y te orea,
en contar tus hechizos mi alma se emplea!
Duerme, que te adormece fiel mi cariño
como le canta y mece la madre al niño.
Duerme, que yo a millares pondré mi empeño
en inventar cantares para tu sueño.
La enramada nos presta su toldo umbrío;
susurra la floresta, murmura el río;
todo invita a la siesta; duerme, bien mío;
¡duerme entretanto
que yo te velo; duerme,
que yo te canto!

II

Mis ojos no se sacian de verte y de admirarte.
¡Cuán bella estás dormida! ¡Qué hermosa te hizo Dios!
No hay nada con que pueda mi idea compararte.
Dios te hizo así, y no quiso Dios como tú hacer dos.
Mas sé, aunque estás dormida, que escucha tu alma atento
los versos que en tu oído depositando voy,
porque ellos son la copa donde mi amor fermenta,
y en ellos destilado mi corazón te doy.
Yo siento los latidos del tuyo mientras duermes,
las penas de tu suave vital respiración,
tus manos entregadas bajo la mía inermes
y tu hálito que absorbe voraz mi aspiración.
Mientras que yo te canto, tú sientes cómo te amo;
mi amor no se lo ha dicho jamás a tu pudor;
mas sé que tu alma en sueños responde a mi reclamo
mientras que yo te duermo con mi cantar de amor.
Y acaso sientes, Rosa, cuando tu sueño halago
con mis palabras, algo de la inmortal pasión
de la cabeza que iba con un murmullo vago
a dar a su verdugo su beso de perdón.
Yo te amo como el mundo jamás ha amado:
con un amor profundo de fe dechado;
aún más que aquella santa cabeza fría
al que de su garganta la segó un día.
Tu amor se nutre dentro de mis entrañas,
como el oro en el centro de las montañas.
Yo te amo y te envío de mis amores
la voz como el rocío la alba a las flores.
Duerme; el bosque nos presta su toldo umbrío;
susurra la floresta, murmura el río;
yo velaré tu siesta. ¡Duerme, bien mío!
¡Duerme entretanto
que yo te velo; duerme,
que yo te canto!

III

¡Qué hermosa eres, Rosa! Naciste en Sevilla;
la gracia lo revela de tu incopiable faz;
tu cuerpo fué amasado con rosas de la orilla
de la campiña que hace Guad-al-Kebir feraz.
Sus árboles han dado su sombra a tus pestañas,
tus párpados se han hecho con hojas de su azahar;
la esencia de sus nardos se encierra en tus entrañas,
porque trasciende a ellos tu aliento al respirar.
Tus trenzas me recuerdan la perennial guirnalda
de plantas, siempre verdes, que toca su ciudad;
tu cuello, lo gallarda de su gentil Giralda;
tu alma, de su cielo la azul serenidad.

¡Qué hermosas estás...! Mas... ¿Me oyes? Tu boca me sonrie.
 tu lengua pugna en sueños palabras por formar.
 Si son para mi, dílas, ¡mi bien!... Que me confie
 tu amor, en sueño al menos, que me pudiste amar.
 Pronúncialas, ¡mi vida! Su plácido murmullo
 dará a mi alma un néctar de dulcedumbre tal,
 como la miel que daba posada en su capullo
 la abeja de mis cuentos al silfo del rosal.
 Mas tu sonrisa, Rosa, desaparece.
 ¿Qué idea ruin te acosa, qué te entristece?
 Un ¡ay! sentir me dejas que no articulas;
 da a mi oído esas quejas que no formulas.
 El cielo en tu risueño labio se abría.
 ¡Vuelve a aquel sueño dulce que sonreía!
 Duerme, mi bien, en calma, que yo te velo,
 en tu faz de tu alma mirando al cielo.
 Duerme; el bosque nos presta su toldo umbrío;
 susurra la floresta, murmura el río;
 todo invita a la siesta. ¡Duerme, bien mío!
 ¡Duerme entretanto
 que yo te velo; duerme,
 que yo te canto!

IV

¡Qué idea tan horrible! ¡Si en sueños halagüeña.
 no a mí me sonrie, sino a feliz rival...!
 ¡Si al son de mis cantarés falaz con otro sueño,
 riéndose, hasta en sueños, de mi pasión leal!
 ¡Dios mío! ¡Si en el centro del corazón me clava
 de su desdén el frío desgarrador puñal...!
 Mi amor la daré siempre, como su miel le daba
 la abeja de mis cuentos al silfo del rosal.
 Rosa, podrás matarme si es que me engañas;
 no tu amor arrancarme de mis entrañas.
 Del corazón que abrigas la dueña eres;
 mas nunca me lo digas si no me quieres.
 ¿Qué he de hacer yo si al cabo mi alma te adora?
 Siempre seré tu esclavo, tú mi señora.
 Duerme, que mi cariño te mece y canta
 como la madre al niño que aún amamanta
 Duerme, y si a la hora de ésta de tu amor frío
 ya nada más me resta que tu desvío,
 mi alma está a tus pies puesta; duerme, en Dios fío:
 yo te amo tanto,
 que tragarse a mis ojos
 haré mi llanto.

Tú dormirás en calma, ¡de mi amor centro!
 las lágrimas de mi alma correrán dentro.
 Duerme; el bosque nos presta su toldo umbrío;
 susurra la floresta, murmura el río;
 duerme en calma tu siesta, que el duelo es mío.
 ¡Duerme entretanto
 que yo te velo; duerme,
 que yo te canto.

José ZORRILLA

DEL "IDILIO"

¡Oh tierra en que nací, noble y sencilla!
¡Oh campos de Castilla
donde corrió mi infancia! ¡Aire sereno!
¡Fecundadora luz! ¡Pobre cultivo!...
¡Con qué placer tan vivo
se extasiaba mi vista en vuestro seno!

Cual dilatado mar, la mies dorada
a trechos esmaltada
de ya escasas y mustias amapolas,
cediendo al soplo halagador del viento
acompasado y lento,
a los rayos del sol mueve sus olas.

Cuadrilla de atezados segadores,
sufriendo los rigores
del sol canicular, el trigo abate,
que cae agavillado en los inciertos
surcos, como los muertos
en el revuelto campo de combate.

Corta y cambia de pronto la campiña
alguna hojosa viña
que en las umbrías y laderas crece,
y entre las ondas de la mies madura,
cual isla de verdura,
con sus varios matices resplandece.

Serpean y se enlazan por los prados,
barbechos y sembrados,
los arroyos, las lindes y caminos,
y donde apenas la mirada alcanza
cierran la lontananza
espesos bosques de perennes pinos.

Por angostos atajos y veredas,
los carros de anchas ruedas
pesadamente y sin cesar transitan,
y sentados encima de los haces,
rapazas y rapaces
con incansable ardor cantan o gritan.

Lleno de majestad y de reposo
el Duero caudaloso
al través de los campos se dilata:
refleja en su corriente el sol de estío,
y el sosegado río
cin ta parece de bruñida plata.

Ya oculta de improviso una alameda
su marcha mansa y leda,
ya le obstruye la presa de un molino,
y como potro a quien el freno exalta
párase, el dique salta
y sigue apresurado su camino.

En las tendidas vegas y en las lomas,
cual nidos de palomas,
se agrupan en desorden las aldeas,
y en la atmósfera azul pura y tranquila,
ligeramente oscila
el humo de las negras chimeneas.

En las cercanas eras reina el gozo.
Con íntimo alborozo
contempla el dueño la creciente hacina,
y mientras un zagal apura el jarro,
otro descarga el carro
que bajo el peso de la mies rechina.

Otro en el trillo de aguzadas puntas,
que poderosas yuntas
mueven en rueda, con afán trabaja,
y cual premio debido a su fatiga
desgránase la espiga
y salta rota la reseca paja.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE

LAS TIERRAS LLANAS

Vuela el tren atravesando la monótona llanura
cuyo suelo resquebraja la aridez canicular,
donde no hay ni un hilo de agua ni una mata de verdura,
pero que ábrese a los ojos infinita como el mar.

Como el mar, Este paisaje por los surcos ondulado
que sin términos ni orillas se dilata en derredor,
es un mar en inmutable rigidez paralizado,
en el cual no se percibe movimiento ni rumor.

Aún quizá más imponente, porque en calma inexpresiva,
no sonríe ni amenaza, siempre inmóvil, siempre igual;
es también el libre espacio, la insondable perspectiva
que fascina y anonada, tentadora y virginal.

Aquí, igual que ante la inmensa plenitud del Oceano,
el espíritu del hombre retrocede sin querer,
y su vista no se atreve, confundida por lo arcano,
de la esfinge aterradora la mirada a sostener.

Es la misma soberana, desdeñosa indiferencia
que parece repetirnos en la vasta soledad:
«¿Qué sé yo de vuestra nada? ¿Qué hace aquí vuestra presencia?
Soy lo eterno, y permanezco; sois lo efímero, pasado.»

¡Cuán solemne la tristeza reposada y majestuosa
de estos campos, que contemplan cara a cara el cielo azul,
donde, en medio de una viva transparencia luminosa
flota sólo en la distancia la calina como un tul!

Tierras, tierras y más tierras sin relieves ni accidentes;
un tapiz desenrollado, sin cesar, a nuestros pies.
una tela ajedrezada de cien tonos diferentes,
desde el verde de las cepas hasta el áureo de la mies

Sólo, a veces, de unos olmos medio oculta entre el ramaje
se ve el agua de un arroyo mansamente resbalar;
y ¡qué intensa poesía cobra en medio del paisaje,
que su vida allí parece toda entera concentrar!

Otra vez es un sendero que aseméjase al rasguño
con que un dedo de gigante desgarrara aquel tapiz,
el que cruza la rugosa superficie del terruño
dividiéndola a lo largo como roja cicatriz.

Unos de otros muy distantes, y apiñados siempre en torno
del escueto campanario que remata humilde cruz,
pasan pardos pueblecillos cuyo misero contorno
se recorta en línea oscura sobre un fondo todo luz;

y detrás de aquellos muros la existencia se adivina
del labriego castellano, grave, sobria y regular;
del trabajo al aire libre la epopeya campesina,
la velada silenciosa junto al fuego del hogar.

Calma en todo, que no turban sino el grillo soterrado
tras el seto, en cuyas ramas se guarece el caracol,
o algún grupo de maricas que se ciernen, desbandado,
sobre la ancha carretera, donde a plomo cae el sol.

.....

Una voz. Allá en las eras, dando vueltas en el trillo,
que abandona de las mulas al impulso maquina,
una moza entona un aire de monótono estribillo,
un canto áspero, arrastrado, soñoliento y gutural.

Aquel canto es la llanura con su austera poesía,
es el eco de la estepa resonando en su confin;
sus compases tienen, lentos, la uniforme simetría
de los surcos, que lo escriben en pentágono sin fin.

No es su rígida cadencia la que en árabe guitarra
sensual gime con acentos de indolente languidez
en la siesta voluptuosa, bajo el toldo de la parra
que de un patio granadino presta sombra al ajimez;

no es la música mimosa con arrullos de caricia
que en las tardes apacibles melancólicos oís
por las húmedas laderas de los valles de Galicia
y al chirrido quejumbroso de algún carro del país;

ni la bélica alegría tan robusta y generosa
que Aragón presta a los tonos de su canto popular,
explosión de sentimientos, en que indómita rebosa
la fiereza originaria de la sangre almogavar.

Es todo confundido, que a los términos distantes
se dilata sin que un eco lo devuelva en su extensión;
es un trémolo de notas aceradas y vibrantes
como el alma de Castilla, que está toda en aquel son.

¡Oh, Castilla, tierra madre! ¿Quién no siente la hermosura
de esas vírgenes montañas que no ha hollado humano pie;
que hasta el cielo se escalonan en disforme arquitectura,
y en redor de cuyas cumbres sólo al águila se ve?

¿Quién no admira, estremecido por un vértigo sublime,
desde el borde pedregoso de un picacho desigual,
de qué modo hacia el abismo, con fragor que el pecho oprime,
precipitase el torrente por el agrio peñascal?

Sí, grandioso es el ceñudo panorama de los montes:
mas a todo yo prefiero tu solemne placidez,
tus serenas perspectivas, tus abiertos horizontes,
donde abarcan las miradas el espacio de una vez.

En las cimas Dios se vela tras la roca o tras la nube;
aquí le hablo sin que nada se interponga entre los dos;
en las ásperas montañas hasta Dios el hombre sube;
solamente en las llanuras hasta el hombre baja Dios.

EMILIO FERRARI.

¡Y ERA MANCO!

Con extraña habilidad
un soldado, poco a poco,
queriendo pintar un loco
retrató a la humanidad.
Como dijo la verdad,
dejó al mundo descontento,
y, mendigando el sustento,
murió de hambre el pobrecito,
acusado del delito...
de tener mucho talento.

En obra tan singular
que rival no ha de tener,
España aprende a leer,
el mundo aprende a pensar.
De aquel tesoro sin par,
Cervantes, con rica vena,
puso tanto en cada escena,
en una página sola,
que (aun siendo la obra española)
España la encuentra buena.

Hoy dice el mundo (y se engaña):
«¡Pues no era manco el autor!»
Mas quien hizo tal primor,
salió manco de campaña.
Si por la gloria de España
que en el *Quijote* se encierra
Europa nos arma guerra,
decid con desdén profundo:
«El mejor libro del mundo
lo escribió un manco en mi tierra.»

LEOPOLDO CANO Y MASAS

HOGAR

En el limpio fogón de la cocina
se reúne la gente campesina,
y bajo la anchurosa chimenea
los secos troncos diligente hacina.

Quieren hilar las viejas de la aldea,
y murmuran, dejando la tarea.
Un candil, de luz tarda y mortecina,
colgado en un rincón chisporrotea.

Departen los gañanes con sosiego
En el hogar, tentáculos de fuego,
las llamas se retuercen; la carrasca

lentamente al arder crepita y chasca;
mientras la noche, silenciosa y queda,
su carro negro por los campos rueda.

NARCISO ALONSO CORTES

LA ALONDRA

En tu pecho la alborada ría;
sé tú el heraldo de la fresca aurora,
y tu dulce fermata trinadora
nunde los sembrados de alegría.

Interpreta la mansa melodía
de la austera extensión germinadora,
y desgrana tu música sonora
en el claro pentágrama del día.

Alondra, regocija la besana.
Que a tus himnos de luz —lirica diana—,
despierten los trigales infinitos;

y que sean tus gárrulos primores
trinos y risas y canción de amores
y en la página azul queden escritos.

ZACARÍAS ILERA

EL PUÑO DE SIMIENTE

Lleno la sembradera de simiente;
tomo un puño de grano,
y poniendo la mano
extendida a la altura de la frente,
a los granos de trigo,
con sincera emoción, así les digo:

«Vais a ser en el surco derramados;
luego de los arados
el aguzado hierro,
rajanza por mitad el duro cerro,
os dejará en el hoyo sepultados.

Bien podéis estar ciertos
que enterrados seréis ¡pero no muertos!

Quién enciende del sol la viva llama
y en los campos derrama
la lluvia bendecida,
os dará nueva vida.

Para romper la costra del ferruño
un tallo a cada grano de este puño
os ha de dar, agudo como lanza,
y verde; ¡del color de la esperanza!
¡Dios os bendiga como yo lo hago;
os libre del estrago
del hielo y del granizo destructores;
madure los verdores
con que habéis de alegrar la primavera,
y premie mis afanes y sudores
concediéndome veros, de la era
volver ciento por uno a mi panera!

¡Dios os bendiga como yo os bendigo!,
que sois del hombre el natural sustento
y servís de alimento
lo mismo al rey que al último mendigo.

¡Bendito seas, trigo!,
porque bajo tu cáscara dorada
quiso Dios concederte,

que guardes la blancura inmaculada
que en la Hostia consagrada
en el Cuerpo de Cristo se convierte!»

Le dije de esta suerte,
y después de besarlo,
en el aire la cruz tracé al tirarlo
repartido en distintas direcciones;
y avanzando en el surco el pie derecho,
eché a andar, a lo largo del barbecho,
repartiendo a los lados bendiciones.

CÉSAR MEDINA BOCOS.

MUSEO DE BELLAS ARTES



EN un edificio por demás interesante está instalado el Museo provincial de Bellas Artes de Valladolid, con otras organizaciones que le agobian y no le dejan espacio para mostrar como se deseara la riqueza artística que atesora. El edificio, del Museo, es un monumento de gran importancia e interés, por muchísimas razones, siendo las principales el haber sido erigido, en sus principios, por el gran Cardenal D. Pedro González de Mendoza, a fines del siglo xv, para instalar en él el Colegio Mayor de Santa Cruz, de donde salieron hombres tan eminentes en las Letras y en las Ciencias españolas, y ser la fábrica el primer brote del arte del Renacimiento que rompía de lleno las tradiciones seculares del goticismo.

Pero con ser de tantas significaciones el monumento, queda a un lado su interés, ahora que se considera como estuche donde se guardan las obras artísticas que

se recogieron en la época de la exclaustración, que hubieran estado desperdigadas o hubieran desaparecido para la cultura artística sin la buena idea de formar un Museo con todas las pretensiones de tal.

Ello indica, desde luego, cuáles habrán de ser los fondos principales del Museo: arte religioso; y conocido que la mayor parte de las obras coleccionadas, pertenecían a casas religiosas de Valladolid y su comarca, y que aquéllas renovaron sus detalles de ornamentación y de culto en pleno período renacentista, puede comprenderse que el arte religioso de los siglos xvi y xvii en estas tierras sea el que predomine, como, en efecto, así sucede. El Museo de Bellas Artes constituye, en la actualidad, dos secciones: Pintura y Escultura (la parte arqueológica que un día se formó pasó al Museo de su especialidad), secciones de muy distintas importancia y natura-



San Benito Abad, de Berruguete.

leza, pues si la Pintura se muestra pobre y sin alientos, la Escultura, en cambio, se ofrece en una modalidad interesantísima comprensiva de un gran período que abarca las fases de la brillante Escultura regional que tenían su centro y su escuela en Valladolid mismo, modalidad que se desarrolla en la Escultura de madera policromada y que hace sea éste el mejor Museo de España en Escultura, y único en el Mundo en su especialidad de reunir en serie el movimiento evolutivo artístico de la talla en madera desde el siglo xv al xvii en una zona de marca-

dísima, pero general en el desarrollo y marcha del arte español.

En una brevísima indicación como ésta no cabe detallar obras; pero bueno es expresar que en Pintura, con no ser el fuerte del Museo, hay obras curiosas de artistas castellanos, vallisoletanos, mejor dicho, que algún día será de cierta importancia estudiar en ellas. Por de pronto, existen tablas de primitivos, más o menos flamencas, como un retablitto de San Jerónimo, procedente de La Mejorada, de Olmedo, y unos prelados y santos, de la Merced calzada, de Valladolid, con otra numerosa colección de varios asuntos que no hacen mal en un Museo. Hay una copia, si no repetición, de una Virgen con

el Niño, de Van der Weyden; una copia de la famosa tabla de Rafael, del Museo del Prado, hecha por el florentino Beneditto Rabuyate, que ha sido general atribuir a Julio Romano; cuatro tablas de Alonso Berruguete; un lienzo, quizá el único de asunto religioso que se le conoce, del pintor de Felipe II, de Antonio Moro; una alegoría de Juan de las Roelas; cuadros de Lucas Jordán, Conrado Guiaquinto, Menéndez, Cieza, Meneses Osorio, Cárdenas, Vicente Carducho, etc., y entre los pintores de la que puede llamarse escuela vallisoletana,



Santa Ana, de Juni

pueden citarse Gregorio Martínez, ya perfectamente identificado, Diego Valentin Díaz, Felipe Gil de Mena, Fray Diego Frutos, Zorrilla, etc., con pinturas en el Museo, y hasta se ofrecen dos firmas de artistas franceses, pintores de escasa significación, a juzgar por sus obras vistas, y por no figurar en las notas biográficas de los de Francia.

Muy superabundantemente responde la Escultura, como se ha dicho, y ella constituye lo principal del Museo. Pueden citarse una Piedad de piedra, de filiación quizá germana, y un retablito (la parte central de un hermoso tríptico) flamenco en todos sus detalles, ambas obras del siglo xv. Y empieza una copiosa colección de tallas de madera vista o sin pintar, entre las cuales los relieves de un retablo de La Mejorada, la sillería grande del Convento de San Benito, de Valladolid (con referencias al maestro Andrés de Nájera, Diego de Siloe, Pablo Llorrente, muy directas), la de legos del mismo Convento, la de San Francisco, de la mencionada ciudad (de la que llevó la maestría Fray Jacinto Sierra), son obras que no pueden pasarse por alto.

En la escultura genuinamente vallisoletana, la de madera dorada y policromada. resalta Alonso

Berrugaete, con su copiosa colección de estatuas y relieves procedentes del retablo mayor de San Benito, de Valladolid, de la que no es posible decir nada en tan breves líneas, y sus seis estatuas de alabastro. Sigue el enérgico y barroco Juan de Juní, con su estupendo Entierro de Cristo y maravilloso busto de Santa Ana, y otras estatuas. Y acompañan dignamente Gaspar de Tordesillas, con un buen San Antonio Abad y prolijos relieves, Inocencio Berruguete, Gaspar de Becerra, Juan Bautista Celma, Esteban Jordán, Pedro de Torres,



La Virgen dando a San Simón Sto el escapulario, de Fernández.



San Pedro, de Esteban Jordán.



San Bruno, de Alonso de los Ríos.

Adrián Álvarez, el laborioso, Pedro de la Cuadra y el presunto maestro de Gregorio Fernández, Francisco de Rincón, con un lindo grupo de la Familia de la Virgen.

Alcanza el siglo xvii otra serie de esculturas, también de buen abolengo, pues se presentan en el Museo dos magníficas estatuas hechas en bronce dorado a fuego, de los Duques de Lerma, que labró

Pompeo Leoni, terminando la parte de cincelado y otros detalles el artífice Juan de Arfe y su yerno Lesmes Fernández, así como una porción de esculturas del mismo Leoni, por lo menos en la maestría, ya que hay más que indicios de que fueron labradas por oficiales suyos muy apreciados.

Cierra el gran ciclo de la Escultura vallisoletana la inmensa labor del fecundo imaginero Gregorio Fernández, con sus famosísimas tallas del Bautismo de Cristo, el Cristo de la Luz, la Santa Teresa y los célebres pasos de Semana Santa, que tanto entusiasmaron al pueblo, grupos interesantísimos de una escultura plebeya, como la han dado en llamar algunos, pero emotiva y expresiva, cuya contemplación hacía brotar las lágrimas.

Entre esos voluminosos grupos está la estupenda Piedad con los dos Ladrones crucificados, el del Camino del Calvario, la Flagelación, la Elevación de la Cruz, el Sepulcro del Señor, obras indudables del maestro Gregorio Fernández; otros que se le pueden adjudicar sin desdoro al maestro, otro de Juan de Avila y alguno más.

Y como si todo ello fuera poco, un San Bruno trae a la memoria a Pedro Alonso de los Ríos; un magnífico San Francisco recuerda a Pedro de Mena, y una cabeza de San Pablo aparece firmada por el madrileño Villabrille, ya de pura época del barroquismo español, como lo es la de la sillería de San Francisco, de Valladolid, antes citada.

No se apunta más sobre este particular, porque no es posible ni citar siquiera lo mucho bueno y esplendoroso que



San Francisco de Asís, de estilo de Mena.

en Escultura guarda el Museo vallisole-
tano. Un catálogo diría poco, aun con to-
das sus minucias y detalles. Es el Museo
una organización de gran enseñanza ar-
tística de la que puede decirse con toda
justicia: Es merecedor de ser visitado
por entendidos y profanos, por aficiona-
dos y curiosos.

JUAN AGAPITO Y REVILLA

Diario Regional

LA LUCHA DE JUSTICIA SOCIAL EN LA VIZCAYA

DEL MOMENTO

EN LA LUCHA DEL DESERVO

Notas Políticas

El Jefe del Gran Dolar en America

Por los Ministerios

Castilla-León y las Exposiciones de Sevilla y B...

El Norte de Castilla

El Norte de Castilla

DIARIO INDEPENDIENTE DE VALLADOLID
FUNDADO EN 1891
EN UNA CALLE PRINCIPAL DE LA CIUDAD VALLADOLIDANA

44.75 - Núm. 2227



LA SEPUESTA CASA DONDE MURIO COLON

Los malditos de la monarquía
Camde Navarra en Normandía
Los malditos de la monarquía
Camde Navarra en Normandía
Los malditos de la monarquía
Camde Navarra en Normandía

EL NOTICIERO DEL LUNES

SEMANARIO OFICIAL

PRECIO 10 CTS

PRECIO 40 CTS

VALLADOLID, 6 DE ABRIL DE 1929

Grandioso acto de protesta nacional contra los ofendidos de España y homenaje al General Primo de Rivera en Madrid

El acto se celebró en el teatro de la Comedia de Madrid, el día 13 de septiembre de 1928, con asistencia de más de 1000 personas. El programa consistió en una obra de teatro que representaba la historia de España, seguida de un discurso del General Primo de Rivera, quien elogió el patriotismo y el sacrificio de los españoles durante la guerra civil. El acto fue un éxito rotundo y demostró el profundo amor a la patria que aún existía en el corazón de los españoles.

13 SEPTIEMBRE 1928 = 14 ABRIL 1929

PARA HOY

LIBROS
LIBRERIA SANTAREN
Tomas 11, 12 y 13



DEL C. M. CIVIL

Comercio de Madrid

LIBRERIA SANTAREN

EXCURSIONES HISTORICO-ARTISTICAS POR LA PROVINCIA



Valladolid—Wamba—San Cebrián de Mazote—Torrelobatón—Villalar—Valladolid. (En esta excursión, desde Torrelobatón a Villalar, se recorre la postrera jornada de los Comuneros.)

.....

Valladolid—Cabezón—Santa María de Palazuelos—Cigales—Mucientes—Fuensaldaña—Valladolid.

.....

Valladolid—Arroyo—Simancas—Tordesillas—Valladolid.

.....

Valladolid—Retuerta—Santa María de Valbuena (Valbuena de Duero)—Peñafiel—Valladolid.

.....

Valladolid—Ventosa de la Cuesta—Medina del Campo—Olmedo—Nava del Rey—Valladolid.

.....

Valladolid—Matallana—Río seco—Villalón—Valladolid.



ESTACION PRINCIPAL DE VALLADOLID

CAMINOS DE HIERRO
DEL NORTE DE ESPAÑA

CONSIGNA

EXPLOTACIÓN-MOVIMIENTO

ITINERARIO NUM. 87.—Empieza a regir el 1.º de julio de 1928.

TREN	NATURALEZA	HORAS DE			ESTACIONES DE	
		Llegada	Parada	Salida	Origen	Término
23	Correo.....	0,53	8	1,01	Madrid.....	Venta de Baños.
2	Expreso.....	0,53	8	1,01	Irún.....	Madrid.
10001	Idem.....	1,11	6	1,17	Madrid.....	Venta de Baños.
22	Correo.....	1,23	9	1,32	Venta de Baños.....	Madrid.
21	Idem.....	1,31	7	1,38	Madrid.....	Venta de Baños.
19	Expreso.....	1,58	8	2,06	Idem.....	Idem.
3	Idem.....	2,17	5	2,22	Idem.....	Hendaya.
24	Correo.....	2,39	8	2,47	Venta de Baños.....	Madrid.
7	Sudexpreso.....	2,53	5	2,58	Madrid.....	Hendaya.
10002	Expreso.....	2,55	8	3,03	Venta de Baños.....	Madrid.
1	Idem.....	3,33	10	3,43	Madrid.....	Hendaya.
4	Idem.....	4,08	8	4,16	Irún.....	Madrid.
10008	Sudexpreso.....	4,26	8	4,34	Idem.....	Idem.
6	Expreso.....	4,46	8	4,54	Venta de Baños.....	Idem.
20	Idem.....	5,01	8	5,09	Idem.....	Idem.
25	Correo.....	6,29	20	6,49	Madrid.....	Hendaya.
11	Rápido.....	13,44	5	13,49	Idem.....	Venta de Baños.
13	Idem.....	13,57	5	14,02	Idem.....	Idem.
9	Idem.....	14,27	5	14,32	Idem.....	Hendaya.
2049	Tranvía.....	»	»	15,16	Valladolid.....	Miranda.
10	Rápido.....	16,22	8	16,30	Irún.....	Madrid.
14	Idem.....	16,42	8	16,50	Idem.....	Idem.
12	Idem.....	17,06	8	17,14	Venta de Baños.....	Idem.
26	Correo.....	21,06	15	21,21	Irún.....	Idem.
5	Expreso.....	23,55	5	24,00	Madrid.....	Venta de Baños.

LÍNEA DE ARIZA

941	Mixto.....	1,20	»	»	Ariza.....	Valladolid.
940	Idem.....	»	»	2,45	Valladolid.....	Ariza.
921	Omnibus.....	9,10	»	»	Aranda.....	Valladolid.
920	Idem.....	»	»	10,20	Valladolid.....	Aranda.
911	Correo.....	11,30	»	»	Ariza.....	Valladolid.
980	Material vacío.....	»	»	11,55	Valladolid.....	Idem M. Z. A.
981	Idem.....	16,35	»	»	Idem M. Z. A.....	Idem Norte.
910	Correo.....	»	»	17,00	Idem Norte.....	Ariza.
923	Omnibus.....	17,15	»	»	Aranda.....	Valladolid.
922	Idem.....	»	»	18,45	Valladolid.....	Aranda.

Los trenes 19, 20, 13 y 14 circulan solamente en la temporada de verano.

LINEAS DE AUTOMOVILES

== DIARIAS ==

Línea núm. 1	Valladolid a Encinas de Esgueva.
	» Iscar.
	» Torrelobatón.
	» Cuéllar.
	» San Pedro de Latarce.
	» Villalpando.
	» Serrada.
	» Olmedo.
Línea núm. 2	» Cigales.
	» Tiedra y Zamora.
	» Tordesillas y La Seca.
Línea núm. 3	» Campaspero.
	» Benavente.
Línea núm. 4	» Mayorga de Campos.
Línea núm. 5	» Villarramiel.

.....

- Línea núm. 1.—Salida del Parador del Siglo.
» » 2.—Salida del Hotel Veguín. Plaza Mayor.
» » 3.—Salida del Bar T. S. H. Calle Gamazo.
» » 4.—Salida del Restauranté Sol. Santiago.
» » 5.—Salida del Ribereño. Cebadería.

== Todos a las cuatro y a las cinco de la tarde ==

CONSULADOS



DE FRANCIA

Vicecónsul: D. Pablo Montaud. Calle Muro, M. B.

DE COSTA RICA

Agente Consular: D. Eduardo P. Hickman. Fray Luis
de León, núm. 1.

DE COLOMBIA

Agente Consular: D. José María de Echávarri. Avenida
de Alfonso XIII, núm. 19.

DE ALEMANIA

Agente Consular: D. César de Miguel. Muro, M. B.

Tarifa de Hoteles, Fondas, etc.

HOTELES, FONDAS, ETC.	HABITACIONES DE UNA CAMA		PENSIONES		COMIDAS SUeltas		
	Con baño	Sin baño	Con baño	Sin baño	Desayuno	Almuerzo	Comida
Hotel Inglaterra.	De 18 a 20	De 8 a 15	De 25 a 50	De 16 a 30	2,50	7,00	8,00
Hotel Moderno	»	De 6 a 12	30	De 14 a 25	2,00	7,00	8,00
Hotel Castilla	»	4,00	»	De 10 a 15	1,50	5,00	5,00
Hotel Imperial.	»	5,00	»	De 11 a 15	1,50	5,50	5,50
Hotel Roma.	»	5,00	»	De 10 a 15	1,00	5,00	5,00
Hotel El Sol	»	4,00	»	De 10 a 12	1,50	4,50	4,50
Hotel Español	»	5,00	»	De 12 a 14	1,50	5,00	6,00
Hotel Cantábrico.	»	5,50	»	De 11 a 15	1,00	5,50	5,50
Pensión Segoviana.	»	4,00	»	De 10 a 12	0,75	5,00	5,00
Hotel Francia	De 20 a 30	De 6 a 10	De 25 a 30	De 16 a 20	2,50	7,00	8,00

Servicio, 10 % sobre el total de las facturas.

Impuesto de Beneficencia: 1,00 pta. por viajero.



INDICACION. — Para toda clase de consultas e indicaciones referentes a Hoteles, Fondas, Bares, etc., consúltese a la Comisión Local del Fomento del Turismo, que las dará prontas y gratuitamente.

HUECOGRABADO
GRÁFICAS VILLARROCA, S. A.
IRÚN, 1.—MADRID



